



Aquilataciones

Un matemático y dos literatos colombianos

FEDERICO CALVO

HACE ya algunos lustros que conocí en Bogotá a tres personajes colombianos: Julio Garavito, Antonio Gómez Restrepo y José Joaquín Casas, cuyos retratos acabo de ver en la revista «Cromos», correspondiente al 27 de Marzo último.

Los mencionados personajes, aun siendo todavía estudiantes por aquel tiempo, me impresionaron hondamente. Se contaban tantas cosas sobre su aprovechamiento y eran tantas las ponderaciones que de ellos hacían los maestros y los discípulos, que todavía conservo intacto el recuerdo de admiración que ellos me inspiraron.

De Garavito como matemático se hacían muy impresionantes elogios; le llamaban el Leclancher colombiano y nadie se hubiese atrevido a poner en duda la brillantez de su porvenir sin exponerse a muy serios reproches y a merecer el calificativo de bárbaro. José Joaquín Casas y Gómez Restrepo eran dos positivas esperanzas del catolicismo y de las bellas letras.

Hasta sus fisonomías y sus caracteres resultaban sugestivos, muy especialmente para quienes conocían la teoría lombrosiana sobre las relaciones entre la genialidad y la degeneración. Garavito y Gómez Restrepo eran entecos y al andar se les notaban algunas imperfecciones espinales. En la fisonomía tenían un sí es no es de idiotismo sonreído. Casas tenía tipo distinto; su fisonomía no era bonachona como la de los primeros sino autoritaria y violenta; su voz tenía acentos tribunicios y gustaba de las solemnidades literarias. Su marcada braquicefalia en nada se ha disimulado.

Todos tres, como era de esperarse, han hecho brillantes carreras. Garavito acaba de rendir la jornada de la vida lleno de respetos y merecimientos, Casas y Gómez Restrepo atraviesan el valle de las lágrimas bien provistos y bien atendidos. El último desempeña actualmente el Ministerio de Relaciones Exteriores, como “uno de los más castizos escritores colombianos,” al decir de la citada revista «Cromos» y como queriendo significar con ello que ésta es la mejor de sus credenciales para manejar los asuntos internacionales de un país.

Vuelvo, pues, a verles y a saber de ellos, después de mucho tiempo y de haber dado muchas vueltas por el mundo, pero les encuentro en el estancamiento intelectual y con las trojes del saber repletas de hojarasca.

Y para que no se diga que al hacer tal afirmación procedo abusiva y desconsideradamente, voy a atenerme a los conceptos que expresa el señor Laureano Gómez sobre la obra de Garavito y a saber a ciencia cierta hasta dónde evolucionó ese personaje, siguiendo la corriente de sus inclinaciones naturales.

“Con la publicación de sus obras matemáticas—dice el panegirista—resaltaré la magnitud de sus descubrimientos, en especial el importantísimo sobre la refracción de la luz.”

No me explico cómo un descubrimiento de esta clase o cualquiera otro de positiva utilidad para los intereses humanos, pueda quedar oculto en las páginas de un libro inédito, como si se tratase de una lucubración filosófica de esas que alborotan el criterio y que al fin y al cabo ni multiplican ni dividen. Por eso es por lo que alguien ha dicho

con razón que hay ciencia de papel, y las experimentaciones sobre la refracción de la luz muy poco se prestan para ser escritas sino para ser verificadas y llevadas al terreno de la positiva utilidad.

No es creíble que el señor Garavito en presencia de su descubrimiento, no sintiese ese deseo de comunicación irresistible que se apodera de los sabios cuando dan en el clavo y que les empuja muchas veces hasta la imprudencia. Las emociones del descubridor son tan vehementes que ahogan por completo el egoísmo y la modestia. Newton, cuando vislumbraba siquiera la verdad de un fenómeno en estudio, era víctima de un síncope y de graves desarreglos nerviosos.

No es creíble, repito, que el señor Garavito después de evidenciar un fenómeno de tanto valor científico, haya tenido la calma de anotarlo en un papel y guardarlo en el estante, como queriendo privarse él mismo de un recurso con menoscabo de los intereses humanos y de los prestigios de la patria.

No; él fue muy buen hombre para que pueda echársele encima semejante responsabilidad. Lo que hay de cierto es que el tal descubrimiento sobre la refracción de la luz no pasa de ser sino una hipérbola patrioterica de esas que se gastan los literatos hispanoamericanos cuando pretenden encubrir el desmedro de la tierra con exageraciones progresistas y lirismos majaderos.

Cuenta el señor Gómez, que Garavito también cultivó con provecho la sociología económica, llegando a formular conclusiones como ésta: "La causa principal de la guerra europea consistió en la derrota infringida a la máquina de vapor por la electricidad, pues ésta permite a la industria utilizar toda la energía hidráulica, que es completamente gratuita."

Esta es una conclusión pintoresca y que nos permite medir, mejor que por los descubrimientos tapados, el alcance racional del señor Garavito.

¿Con que las energías gratuitas provocan matanzas tan tremendas como las de la guerra europea? Si esto resultase cierto habría que huir de la energía o contrarrestarla de algún modo; pero esto no es posible, porque el universo todo, inclusive el hombre, es un conjunto energético. Y si pensamos que todavía hay energías de una potencialidad incalculable como la intratómica, que más tarde podrán aprovecharse, querrá decir, según el parecer autorizado del señor Garavito, que las matanzas del futuro serán doblemente horribles e inevitables.

Al diablo con la tal conclusión!

Después de conocida esta opinión no que-

dan ganas de analizar más; pero para que no se diga que hay de por medio un espíritu demoleador, recojamos otro aserto económico del señor Garavito de más fácil comprensión y discriminémoslo honradamente.

"Deja una teoría del numerario—escribe el señor Gómez—cuya exposición no cabe en estas páginas. Distingue en la moneda dos elementos: su valor en cambio y su velocidad circulatoria. Para él (Garavito) la potencia económica de un país resulta del producto de estos elementos. La moneda no es mercancía y su función no consiste solo en representar un valor, sino más que esto en transferir en determinado tiempo un monte determinado de riqueza efectiva (artículo de comercio) de la producción al consumo."

Nada de esto es cierto, ni lo ha sido ni lo será. La tal velocidad circulatoria de la moneda o numerario es atributo del «crédito» cuando el hombre disfruta de medios vertiginosos de comunicación; a cualquiera se le ocurre que la moneda no puede recorrer las distancias por un hilo telegráfico ni lanzarse a través de los mares desde la antena de una estación radiográfica.

La potencialidad económica de las naciones es la resultante de la gran producción y transformación de riqueza y no del valor en cambio de la moneda ni de su velocidad circulatoria. Si esto fuese cierto la gran tarea de los pueblos debería concretarse a fundar grandes empresas de acuñación y descubrir los medios de darle a la moneda esa velocidad circulatoria que descubrió el señor Garavito. La moneda no es otra cosa que un signo de valor y su único objeto es el de medir valores, así como el reloj lo es para medir el tiempo; y quien afirma que la potencialidad de las naciones depende del valor de la moneda y de su velocidad circulatoria, puede, con la misma lógica, sostener que la fortaleza de un individuo depende del cronómetro que usa o de la velocidad de los punteros.

Si no es el señor Laureano Gómez el equivocado al darnos a conocer algo de la obra de Garavito, tendremos que convenir en que el ilustre muerto fue en vida uno de los tantos perjudicados por el estudio descomedido de la matemática abstracta a cuya influencia se desmejoran las facultades mentales y se desnaturaliza el sentido común.

En Colombia, como en la mayoría de los pueblos hispánicos de la América, el abuso de los estudios abstractos ha producido una inmensa cantidad de estúpidos instruidos.

En cuanto a la obra de Antonio Gómez Restrepo y de José Joaquín Casas, puede juzgarse por el comentario que aquél escribe en la mencionada revista «Cromos», sobre el volumen de sonetos que éste acaba de publicar en Bogotá con el título de «Crónicas de Aldea.»

Venir, después de muchos años de machacar y machacar sobre asuntos literarios y poéticos, a salir con una producción simplista, en «donde Casas—al decir de Gómez Restrepo—nos hace ver, con la visión luminosa del arte, la solitaria plaza del pueblo, la casa cural, las veredas sombreadas por manzanos y curubos, las guájaras del páramo, en donde escenden su humoso hogar los carboneros....» es demostrar a las claras y con todos sus pelos y señales la más franciscana de las pobreza líricas.

Gómez Restrepo, con ser un exigente de la forma y un pordiosero de la idea, echa de ver el simplismo de la producción de Casas y se apresura a disculparlo con estos párrafos de sabiduría arcaica: «Casas comprueba con el ejemplo una gran regla de procedimiento estético: y es que los más modestos objetos pueden adquirir dignidad artística, si el poeta o el pintor saben encontrar en ellos el rasgo característico y expresarlo en forma tan vigorosa y precisa que lo haga inconfundible. Los antiguos bucólicos castellanos pecaron por describir paisajes abstractos de una Arcadia que jamás había existido. Don Francisco de Salas, mediano poeta

del siglo diez y ocho, pecó, al contrario, por la enumeración pedestre de objetos comunes y aun bajos, sin dar a ninguno significación y relieve. Casas ha visto las escenas campesinas y los paisajes sabaneros con ojos de poeta, es decir, sorprendiendo su rasgo expresivo, su matiz, su línea, su color, individualizando las más humildes cosas, y componiendo, con estos toques expresivos y valientes, cuadros completos.»

Mejor no se puede defender una mala causa y delante de un público que siente y no piensa y a quien el recuerdo de las cosas pasadas le induce al místico respeto. Empero, el atrevimiento de calificar de «toques expresivos y valientes» la descripción insulsa de aquellos pueblos misérrimos y tristes y de aquellos carboneros que son la personificación de todas las desventuras, no para hacer contrastar los abusos del feudalismo con las blanqueuras de las nuevas aspiraciones que bullen en la conciencia de los oprimidos, sino para hacer gala de recursos poéticos y de disciplinas clásicas, es ocurrencia que no es perdurable sino en quienes andan por el mundo.... muertos.

Y no hay para qué perder más tiempo ni espacio tratando de descubrir algo nuevo o atendible en las labores literarias de estos personajes colombianos, cuyo verdadero mérito, el de ser fervientes católicos, no me es dable estudiar por carecer en absoluto de conocimientos teológicos.

Gómez Carrillo y Trozky

NEMESIO CANALES

De un periódico de Sur América. de esos que se disputan todavía las amenidades eternas de Gómez Carrillo, amenidades que tuvieron su época, pero que en estos tiempos de universal trastrueque y conmoción son algo tan disonante, grotesco e irritante como una musiquita de acordeón entre el fragor y pánico de un incendio, recorto un artículo del «aterciopelado» cronista, que inserto aquí como una muestra del grado de incompreensión a que han llegado, frente a los sucesos magnos de esta época, algunos de nuestros más encumbrados intelectuales. Tiene la palabra el gran Gómez Carrillo:

«Cómo gobierna un apostol

«—Habéis leído los últimos telegramas del extranjero? Hay según ellos, en Europa un país cuyo Gobierno, espantado de los desórdenes obreros, ha decretado once horas de trabajo obligatorio en las fábricas... Y en ese mismo país, ese mismo Gobierno, indignado al ver que los comerciantes vendían el carbón y la leña a precios excesivos, ha dado una ley condenando a muerte a todo aquel que trafique con el combustible sin atenerse a la tasa...

«—¿Qué país es ese?—exclaman con ho-

ror los socialistas madrileños.—Será, sin duda, un antro de obscurantismo, un pueblo dominado por el clero y por la aristocracia... Once horas de trabajo obligatorio para los obreros... Hombre, eso es inicuo, eso hace pensar en los tiempos de Fernando VII... Decidnos, por Dios, los nombres de los miembros de ese Gobierno para excomulgarlos...

—Ese Gobierno está presidido por un hombre tan enérgico, que, cuando él habla, todo el pueblo se inclina, temblando. Hace poco, en una de sus ciudades de guarnición un grupo de obreros enemigos de la disciplina militar, que les parece una esclavitud indigna de hombres libres, predicó ante los soldados, aconsejándoles que se rebelasen contra sus jefes. En el acto este gobernante dió una manifiesto que reza: "Algunos aventureros han hecho la más infame propaganda contra el Poder, publicando clandestinamente proclamas, encaminadas a provocar sublevaciones militares. En una de estas proclamas llegan a decir a los soldados: "Comaradas, no obedezcáis a vuestros oficiales." Desde que el gobierno tuvo conocimiento de todo esto, envió un batallón e hizo prender a los autores de esas proclamas contra la disciplina militar, que fueron en el acto pasados por las armas..." Ya veis pues, si se trata de un ministro enérgico, de un hombre que conoce e impone el principio de autoridad...

—De un déspota, queréis decir!—exclaman los socialistas españoles—en todas partes los generales, cuando se apoderan del Poder Civil, son unos tiranos inconscientes, sobre todo si obedecen a los jesuitas... Ese bárbaro que así manda fusilar a los obreros que no son culpables sino de predicar contra el militarismo, debe ser un soldado que no tiene en el cerebro sino los artículos de las ordenanzas... Decidnos pronto como se llama, decidnos quién es para maldecirlo...

—Es un hombre muy enérgico, muy enérgico... Figuraos que cuando en ciertas fábricas de su Patria los obreros creyeron que, en nombre de los principios del comunismo, podrían suprimir las jerarquías, dió un decreto ordenando someter el trabajo a la dirección de los técnicos educados en las antiguas escuelas burguesas. Ese decreto termina con las siguientes palabras: Castigaremos de la manera más despiadada todas las tentativas que se hagan en oposición a estas disposiciones, así como la propaganda sobre el asunto, realizada con estrechez de miras..."

—"Qué enormidad...! Es un retrógrado sanguinario ese hombre... De seguro es un

general de sacristía, de esos que odian a los obreros y que quieren esclavizarlos como parias... Decidnos su nombre para sacarlo a la picota..."

—Su nombre?... aquí lo tenéis: Trotzky.

E. Gómez Carrillo."

Querido amigo Gómez Carrillo: acepte este consejo de alguien que solía leerle a usted, allá en los buenos tiempos de la edad del pavo, con verdadera delectación, embobado ante las salsitas parisianas con que usted aderezaba sus sensaciones de arte (de un arte por el arte frívolo y empalagoso que no pasaba de la epidermis): puesto que usted, con sus salsitas de estilo y su estudiada y relamida gracia bulevardiera, se ha hecho de una reputación estupenda en España y América, no abandone esa senda florida para ponerse a desbarrar como lo hace sobre las cosas grandes y trascendentales en que está ocupada y concentrada la atención—y las ansias—de la humanidad, porque corre usted el peligro de perder en una semana lo que se tiene conquistado en tantos años de escanciador de ese vinillo dulce de la amenidad tan del gusto del desocupado, despreocupado y aburguesado lector. No abandone, por Dios, sus charlitas de «boudoir», sus mariposeos bohemios de Montmatre, su «pauvre Lelian» (¿lo escribo bien?), su alma encarnadora de Lutecia y demás tópicos aterciopelados, y deje en paz a los hombres y acontecimientos serios y ásperos de esta tragedia de ahora que usted no podrá nunca comprender, porque entre usted y estas cosas y hombres de arora hay la diferencia misma que hay entre la visión de una mariposa y la de un águila. Siga en su cómodo papel de pintada y currutaca mariposilla del jardín de las letras galanas, mi buen don Enrique, y no ensucie sus níveas y superfinas manos de orfebre parisino con el barro, húmedo de sudor y lágrimas y sangre, que amasan hoy en Rusia las manazas geniales de esos cíclopes renovadores que, prosaicamente y desesperadamente, libran su batalla contra la podredumbre y miseria moral del viejo orden social.

¡Qué chiquitas y tristes las ironías pánfilas de usted para estos arquitectos del nuevo edificio social, mi buen don Enrique! Primero habla usted de que Gobierno Soviet, "indignado al ver que los comerciantes vendían el carbón y la leña a precios excesivos, ha dado una ley condenando a muerte a todo aquel que trafique en el combustible sin atenerse a la tasa."

¿Por qué hace usted así vientos irónicos ante esto? ¿No son el carbón y la leña ar-

tículos de suprema necesidad, sobre todo en un país tan frío como Rusia y por añadidura bloqueado? El especular con estas necesidades supremas de que depende la vida de tantos millones de almas; ¿no es el más execrable de los crímenes? Si todos los países capitalistas, donde impera la clase de civilización deforme que a usted le enamora—cremitas y amenidades arriba; mugres y horrores infernales abajo—hicieran lo mismo contra los logreros de toda laya, ¿no cree usted que habría menos crema arriba pero también menos infierno abajo? ¿Qué mejor elogio de Rusia que el hecho de que, mientras en los demás países el especular con los artículos de primera necesidad, no sólo no se castiga, sino que es una profesión honrosa que conduce al millón, allá en Rusia esa clase de especulación no conduce a otra parte que al presidio o al cadalso, bajo el principio socialista de que vale más la vida de la comunidad que la barriga insondable de un saltador?

Pero pasemos a otro sarcasmo, al que le lanza usted a Trotzky a propósito de la severa disciplina que ha implantado en el ejército Rojo. ¿Qué quería usted? ¿Qué fueran tan infelices, tan memcs, los directores de la revolución más grande que han visto los siglos, que pretendieran tener ejército sin disciplina y disciplina sin castigos? Ellos no están guerreando por su gusto. Fué la gran burguesía aliada la que los llevó a la guerra, la que los obligó a pelear con uñas y dientes, cuando se les echó encima por todos lados y con toda clase de formidables armamentos. La cuestión era de vida o muerte para ellos, y, sobre todo, para las grandes y nobles instituciones que ellos han creado. Tenían muy a su pesar que improvisar un ejército, un gran ejército capaz de defenderse contra todas las grandes potencias coligadas en su contra, y el milagro se hizo y, bajo la genial dirección de Trotzky, fueron cayendo uno tras otro los Koltehaeks, Denikines, Yudeniches y demás arcángeles del santo sistema del despojo de todos para refocilamiento y engordamiento de unos pocos. ¿Y quién que no haya hecho de la vida un mero pretexto para aderezar amenidades y combinar monerías, quién que posea algún asomo de buen sentido dejará de reconocer que un ejército es un bloque humano cuyo único elemento de conglutinación y consistencia es la disciplina, y que para lograr disciplina donde no la hay, y lograrla tan pronto como la necesidad terrible del terrible momento lo exigía, no había otro recurso inteligente que castigar toda insubordinación de una manera rápida y decisiva?

Bien a gusto que se hubieran reído los tiburones y panteras de la burguesía europea viendo el ejército de Trotzky disgregarse y desbandarse a las primeras de cambio por falta de la severa ordenanza militar que la barbarie de la guerra (barbarie contra la cual son los socialistas los únicos que se alzan) hace indispensable para unificar tantas voluntades, y mucho más cuando una nube de espías y de agentes de la Entente conspiraban sin descanso para frustrar al nacer la defensa armada de los revolucionarios.

Precisamente, si algo grande han tenido estos hombres, estos Lenin, Trotzky y demás héroes de la revolución rusa, es que no han sido nunca doctrinarios adocenados que sacrificasen el fin a los medios, el espíritu a la letra, sino que en todo momento han atemperado su acción a la realidad, yendo sin melindres a todos los terrenos donde precisaba ir para evitar el naufragio de la revolución.

¿A donde estarían ya los pobrecitos revolucionarios rusos si por no plegarse a las circunstancias, si por permanecer inflexibles dentro de la camisa de fuerza de un principio rígido, no hubieran respondido al golpe con el golpe hasta hacerse respetar por la fuerza después de no haber logrado por medios pacíficos otra cosa que desdenes e insultos? ¡Buena es la burguesía para andarse con miramientos ante las ideas! Para la burguesía, para este conjunto monstruoso de ambiciones desapoderadas de mando y explotación que se llama el capitalismo, no hay otra razón que la de la fuerza, ni otro instrumento que la bayoneta y el tanque, y aspirar a hacerse oír de ella por medios no violentos sería el colmo de la idiotez.

Pero no queda aquí la cosa. Nuestro aterciopelado cronista se permite también hacer mención zumbonamente de la medida por virtud de la cual la dirección de la industria rusa fué encomendada por los Soviets a "técnicos educados en la antigua escuela burguesa," y al decreto en que se anuncia la resolución de castigar severamente toda tentativa de oposición a la citada medida.

Y otra vez nos quedamos estupefactos ante la estulticia gomezcarrillesca. Cómo! Pretendía usted, amiguito, que se prescindiese de los técnicos en la dirección de las industrias? Hombre! Estaría bonito que por hacerle ascos al técnico burgués se quedase la harina sin moler, el algodón sin hilar, y sobre todo, las balas y cañones, tan necesitados en el frente, sin fundir. Pues no señor; en esto como en todo, los bolsheviquis supieron bien pronto donde les apretaba el zapato (muy a diferencia de lo que ha pasado en el campo burgués, donde los grandilocuentes,

pero huecos, Lloyd George, Millerand y otros, por encastillarse en un doctrinarismo adocenado de párrocos de aldea, han llevado a Europa a la más espantosa miseria a fuerza de alambradas, bloqueos y castigos insensatos). Vió Rusia, la Rusia nueva y grande de Lenin y Trotzky, que peligraba la Industria por falta de técnicos, y corrió en busca de los técnicos. ¿Que estos técnicos eran burgueses? Muy bien, no habiéndolos de momento en el campo comunista, la cuestión era traerlos en seguida, aunque hubiera que sacarlos del mismo infierno. ¡Pero es que se les pagó un salario subido!—dice otra vez mi «ameno» interlocutor. Y qué? La cuestión era tener técnicos a todo trance, y tenerlos trabajando voluntaria y eficientemente, y puesto que estos técnicos eran burgueses, esto es, acostumbrados a vender su trabajo como quien vende una mercancía cualquiera, se les compró su trabajo, se les pagó por un sueldo al carro de la revolución... y adelante con los faroles. Cuanto a las severas medidas dictadas para imponer la cuestión de los técnicos a los ignorantes y a los obstruccionistas, en esto como en lo del ejército cualquier vacilación era mortal y a lo «más» había que sacrificar lo «menos» so pena de quedarse atascados en la mitad del camino: la cuestión era de vida o muerte para la República Soviet y, o se imponía la medida a todo trance, o el carro de la Industria se paraba y la revolución se iba a pique.

Pero el cronista zumbón descubre en esto

un caso de esclavización obrera, fingiéndose espantado de que el Gobierno Soviet decreta muchas horas de trabajo y someta a sus huestes trabajadoras a una estricta disciplina, ni más ni menos que si fuera un gobierno burgués. Y así, no hay más remedio que señalarle caritativamente la diferencia. La diferencia es ésta y la ve un ciego: dentro de un régimen burgués, la dura disciplina y las muchas horas de rudo trabajo y, en general, la esclavización absoluta del obrero, se hace en beneficio exclusivo de la bolsa de un patrono, o de varios patronos; en tanto que, dentro del régimen comunista ruso, todas estas cargas, restricciones y durezas de la disciplina las decretaron los obreros mismos, en los momentos en que más terrible era el bloqueo y la embestida de Kolchack y Denikine, como medida de salvación para defender de una muerte cierta la excelsa obra revolucionaria que encerraba y encierra su única esperanza de emancipación. ¡Pues no es floja la diferencia! Tanto como lo que hay entre un Gómez Carrillo esteta y hedonista, que en su vida se ha preocupado de nada sino de sí mismo, y a lo sumo de la mayor o menor bonitura exterior de las cosas, y un Lenin o un Trotzky, cuya vida toda representa un esfuerzo perenne y heroico en la cruzada tremenda contra el brutal sistema de la competencia feroz y del parasitismo asqueroso—cremitas y amenidades arriba; mugres e infiernos abajo—con el que se avienen tan bien los individualismos, estetismos, bedonismos y dandysmos gomezarrillecos.





Noticias del mundo científico

El germen del cáncer ha sido evidenciado—No se sabe si es animal o vegetal

FEDERICO CALVO

T EODORO Roosevelt, en su último período presidencial tuvo el loable propósito, y lo llevó a cabo, de fundar una sociedad destinada al estudio de las enfermedades infecciosas. Tan importante Comisión la puso a las órdenes del doctor Harvey R. Gaylord, cientista de Buffalo y a cuyo esfuerzo y competencia se han realizado estudios muy atendibles sobre el germen del cáncer, esa horrorosa enfermedad que se engulle con incontenible voracidad los tegidos de la trama animal.

En la busca y la rebusca de ese agente mortífero y desconocido, al fin se pudo comprobar que era de naturaleza acuática y que gusta de establecer sus dominios en medio de las algas y de las plantas que crecen y extienden sus ramazones sobre la superficie tranquila de las aguas.

¿Y cómo pudo encontrarse su vivienda en donde menos era de suponerse? Sencillamente observando los tumores que presentan los peces en el hocico y en las agallas. Estudiando la naturaleza cancerosa de tales tumores en las diferentes clases de pescados que se cultivan en los Estados Unidos y en muchos otros países de Europa y de Asia, se comprobó que el germen de la terrible enfermedad es un cocus imperceptible que viaja sobre un gusanillo nemátodo.

Observados por medio del ultramicroscopio el gusanillo es apenas perceptible y los cocus cancerosos presentan el aspecto de una mancha sumamente tenue. El doctor B. H. Ramson del servicio sanitario le ha dado al gusanillo que le sirve de vehículo al germen

del cáncer el nombre de AGOMONEMATODUM, por cierto un poco complicado y de difícil silabeo.

Este profesor que se ha tomado el trabajo benedictino de medirlo, nos dice que el largo es de 0,0394 de milímetro; el ancho es de 35 micromilímetros; el diámetro de la cabeza de 24 y el canal intestinal de 16 de ancho y de largo. Estas medidas infinitesimales las damos a modo de referencia maravillosa, porque la mente humana no puede imaginarlas.

Y si pensamos que el gusanillo vehículo tiene tales dimensiones, cuánto más imperceptibles serán los cocus del cáncer y el virus que derraman. El aumento de la potencialidad de los aparatos de óptica se hace de necesidad urgente, porque son muchos los gérmenes imperceptibles que pueden prestarnos muy grandes servicios o producirnos muy graves desastres. Después de todo hay quien admire la perfectibilidad de nuestros órganos sensitivos y perceptores, como la expresión de un alma inmortal y divina.

De las muchas experimentaciones de la Comisión referida se ha llegado a conclusiones muy importantes, tales como la de que el cáncer no es contagioso de individuo a individuo y que de él podemos librarnos teniendo especial cuidado por las aguas potables e hirviéndolas antes de tomarlas para mayor seguridad.

Los peces contraen la enfermedad por las agallas y por el hocico cuando viven en aguas infectadas; pero un pez infectado no contagia a otro, ni a ningún mamífero, incluso

ve el hombre. Pueden prepararse y comerse sin escrúpulo de ninguna clase. Lo grave está en beber el agua en donde vivía el pes canceroso.

El doctor Raymond L. Ditmars ha evidenciado también que las garrapatas son vehículos del cáncer y a esta causa atribuye la pérdida de muchos ejemplares valiosos de culebras y reptiles que han sucumbido en el

Parque Zoológico de Nueva York infestados por el cáncer. En los reptiles el cáncer se localiza preferentemente en el hocico.

La Comisión investigadora declara que el coto o bocio es de naturaleza cancerosa y que proviene de la ingestión de aguas estancadas en donde probablemente no escasea el *agamonematodum*.





Do colaboración

Apología de la ingratitud

J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO

CASI todos los refranes españoles son verdaderas máximas, de un contenido filosófico muy agudo, muy sustancial y muy permanente; pero hay uno, perpetuado por el asentimiento unánime de las generaciones, al cual me permito considerar erróneo. Por eso voy a combatirle, descontando como muy probable que los irreflexivos rutinarios lanzarán sobre mí un chaparrón de apóstrofes.

El refrán en debate dice afirmativamente: "Quien no es agradecido, no es bien nacido."

Basta observar un poco la realidad sucesiva de los días y de los años, para llegar a convencerse de que muchos seres agradecidos no son bien nacidos, cualquiera que sea el concepto que se le quiera otorgar a la expresión "bien nacido." La gratitud es una esclavitud que pone al favorecido a merced del favorecedor; y el que sea de veras bien nacido huirá de tal esclavitud, como de todas las demás.

Rodando por el Mundo y auscultando los corazones humanos, he visto siempre que las personas más agradecidas son también las más infecundas, las más sumisas, las más aduladoras, las que más desconocen ese sentimiento tan fino y elevado que se nombra dignidad personal. El mendigo es la gratitud reconcentrada.

Los seres reverenciosos y lisonjeros, especie de profesionales de la gratitud, son agradecidos sólo con determinados personajes, en ciertos casos y en especiales asuntos; mientras que con las demás gentes son indiferentes, groseros, rencorosos, agresivos y hasta crueles. Saltan con brusquedad de un

extremo al otro; lo cual les impide ser justos y razonables con uno solo de sus semejantes. O se degradan con zalemas caninas, o elavan las garras felíneas. Nunca, en ningún caso, saben sentir las limpias atracciones de la fraternidad, los nobles afectos de la cordial llaneza. La cariñosa y poética locución «de igual a igual» no entraña para ellos ningún significado.

En contraposición, los que reclaman gratitud, los que se quejan sin cesar de los ingratos, no son ni más ni menos que unos díscolos y unos avaros disfrazados. Dar cualquier cosa, efectuar un auxilio, con el anhelo preconcebido de la paga o del agradecimiento, es girar una letra de cambio, es prestar con usura, es explotar las necesidades del prójimo con páfida cobardía.

Puesto que se realiza un favor, es porque puede realizarse; y quien puede favorecer a los demás, debe favorecerlos sin dudar y sin apetecer recompensas, seguro de que para eso nació en la Tierra, o para eso recibió los halagos de la Suerte.

La gratitud es el virus ponzoñoso de la generosidad real y pura, que sabe y quiere bastarse a sí misma. El generoso sin máculas y sin barnices es siempre su propio y único remunerador; en el hecho de ser como es, encuentra su premio mayor y mejor; rechaza los agradecimientos, que a él lo sujetarían con las cadenas de ía vanidad y a los otros con los grilletes de la humillación voluntaria e indigna.

Debemos ejecutar el bien, todo el bien posible, guiados por la sola e íntima complacencia de haberlo ejecutado. No de distinta manera podremos creer que hay en nosotros una porción de bondad nativa que, lejos de

haber sido desviada y adormecida, llegó a ser cultivada y fortalecida. Si el verificar un auxilio no nos deleita, si el consolar a los abatidos no nos satisface, si el hacer un beneficio cualquiera no nos llena de alegría, incuestionablemente nuestra espiritualidad sufre algún parentesco con la del prestamista sin entrañas, que todos execramos. En cuanto vayamos en ayuda de alguien, en cuanto practiquemos cualquier acción buena, con otras miras que las de gozar por dentro, que las de disfrutar unas internas delicias muy singulares y muy acendradas, estamos perdidos, necesitamos esforzarnos y empinarnos, para remontar y anchurizar nuestra sensibilidad y atinar con el camino adecuado.

La generosidad es una potencia, un calor, una luz que va de lo interior a lo exterior, que se irradia en todas direcciones, sin precisar para su existencia y persistencia el verse reflejada por nada ni por nadie. Como el Sol, derrama sus rayos, que no son susceptibles de devolución. Devolver sus rayos al Sol, en cualquier forma, sería un desatino mayúsculo. El los prodiga porque le sobran muchos para su propia vida, porque no los necesita, porque cumple su misión al donárselos a todos y a todo con perpetuo desinterés y sin reparar en ningún ser ni en ningún paraje. Así la generosidad difunde sus dones, sin mirar a quienes y sin el más mínimo propósito de que le sean devueltos, bajo la máscara del agradecimiento.

Quienes van anotando en la memoria o en el papel algo así como el «debe» y el «haber» de cuanto dan y reciben, son con toda evidencia unos ruines, invalidados para el amor, para la amistad y para la camaradería. El ser de positiva generosidad se olvida fácilmente de los beneficios que va reportando a los demás.

Propagar el bien con las acciones más que con las palabras, es un deber de todos, inmanente en nuestra naturaleza y consustancial a nuestra racionalidad. Quien sirve a un semejante, sea en lo que fuere, no hace más que acreditar su propio valer, al cumplir una elemental y sencilla obligación de humanidad y de comprensión. Si todos nos empeñáramos en cumplirla, los vocablos gratitud e ingratitud desaparecerían del léxico habitual, aplastados y anulados por los de independencia y solidaridad.

Si sólo con los que agradecen hubiera de procederse desprendidamente, la generosidad se acabaría, porque no hubiese con quien ejercitarla, toda vez que los agradecidos son por fortuna escasos. He aquí una prueba de que los racionales, a pesar de las tradicionales influencias del medio y por encima de

todos los rutinarios errores, tendemos siempre a la libertad y a la fraternaria igualdad.

En último análisis, resulta que, más que los agradecidos, aprovechan a la Humanidad los ingratos. Estos contribuyen a refrenar las pretensiones infundadas de los dádivosos interesados, y a educar los sentimientos de la comunidad entera; mientras que aquellos sólo sirven para conservar las rastrerías y diferencias sociales, nunca basadas en diferencias de vigor, de anchura visual, de superación sensitiva, de inteligencia, de cultura ni de bondad.

Desde otro punto de vista, casi siempre la gratitud es desquiciada y volteada de lleno, hasta el extremo de que la exigen para sí aquellos que debieran, en todo caso y en toda suposición, tributársela a los demás. Por ejemplo, el propietario-director de un periódico remunera con relativa esplendidez las producciones de un escritor; pero al fin de los años, el propietario-director va obteniendo unas considerables y seguras ganancias líquidas. ¿Quién debe rendir gratitud a quién? Según el más primario principio de sana razón y de obvio juicio, el propietario-director debe ofrendar su gratitud al escritor, admitiendo por un segundo que la gratitud encierre validez alguna. Sin embargo, todos sabemos que en la realidad viene sucediendo muy al revés.

El bien, para que pueda llevar en sí algún mérito y alguna trascendencia, precisa consumarse con los ojos cerrados. Por la sola y potentísima razón de ser el bien, debe atraernos y entusiasmarlos, hasta infundirnos las más vivas ansias de verificarle, sin ninguna ulterior aspiración. Si la hermosura, la grandeza, la dulzura, la fulgidez, la delicia del bien puro no nos basta, ¿qué otra cosa podrá saciarnos? ¿dónde podremos hallar algo, no ya equivalente, sino parecido siquiera?

Aficionarnos más y más, mediante un consecutivo ejercicio, a ser buenos por el esenciado e inefable goce de serlo y nada más; empeñarnos en actuar siempre con magnanimidad sincera, en todo lugar y evento, sin la pretensión de vernos galardonados con el incienso gratitudinario: Tal es el procedimiento más cabal y resolutivo, para concluir con el bochornoso tejemaneje de gratitudes e ingratitudes; con ese tinglado aparatoso y frágil, que sólo ha servido, en el curso de las centurias, para envilecer a unos y ensoberbecer a otros.

Teniendo por norma el dinamizar el bien a cada paso y hacia todos los rumbos, sin mirar a nadie la cara ni pedirle antecedentes ni averiguar cómo se portó con nosotros, es

palmario que los bienes que vayamos regando por doquier alcanzarán de fija a cuantos seres supieron y quisieron a su vez sernos bondadosos sin usura. Gracias a tan nítida y hacendera modalidad de las actividades humanas, el Bien se multiplicará y las gratitudes quedarán invalidadas, en todos sus grados y en todos sus aspectos. Procuremos dar a cada cual lo suyo, colaborando en la librería y amorosa empresa de asegurar a todos su participación armónica en el reparto social, y nadie podrá ni tendrá que regalar con pomposidad irrisoria las migajas de sus banquetes, ni nadie podrá ni tendrá tampoco que ser bajuno y agradecido. La posibilidad actual de los donativos depende no más que de la injusta y pésima distribución del trabajo y de los productos, ya naturales, ya creados por la labor de las bestias y de las personas.

En suma, la gratitud es uno de los tantos artificios, caducos y maléficos, inventados por los usurpadores de la riqueza común, que importa mucho desacreditar, para dicha de la Humanidad entera. Por mi parte, no vacilo en colocarle al lado de los dogmatismos religiosos, de la propiedad privada, del principio de autoridad, de las morales emitidas en la hipocresía y en el retorcimiento de los impulsos más naturales, de la ciencia oficial, y demás anticuadas fórmulas de coacción, hundidas ya en franca bancarrota.

Todas estas ideas vienen vibrando en mí mente, desde hace mucho tiempo; pero ahora me he decidido a darlas expresión, en vista de una carta de Joaquín Dicenta (hijo), inserta en «El Liberal» de Madrid del 13 Diciembre de 1919, de la cual entresaco los párrafos siguientes:

“Señor don Miguel Moya:

“Querido don Miguel: En estos momentos en que por cuestión de pesetas más o menos han pagado con ingratitud los que estaban obligados a usted, yo quiero testimoniarle mi afecto y el agradecimiento que le tengo y le tendré siempre, pase lo que pase. No por dar la razón a las empresas periodísticas, en este pleito que no me incumbe, ni por quitársela a los obreros de la Prensa, compañeros míos más o menos lejanamente, sino por la causa exclusiva de tratarse de usted a quien tanto debo, le ofrezco mi modestia en todo y para todo, si en algún momento de los actuales sirviere para algo mi pequeño concurso.”

“No hay en mi proceder ideas, no entro a meditar si tiene usted razón o no la tiene.

Es la gratitud la que me lleva a esta carta y lo hago con el corazón en la mano que mueve la pluma.”

Me permito creer que Joaquín Dicenta (padre) no hubiera escrito nunca una carta como esa de su hijo. Fué muy digno, muy rebelde, muy conecedor de las trampas del engranaje social, muy denodado enemigo de las iniquidades y privilegios reinantes, para haber llegado a colocarse a sí mismo el dogal de una gratitud tan incondicional, tan exagerada, tan rendida. Puesto que tuvo muchas y progresivas ideas, jamás hubiera sido capaz de concebir ni de trazar estas palabras de su hijo: “No hay en mi proceder ideas, no entro a meditar si tiene usted razón o no la tiene.” El habría puesto de seguro las ideas y la razón por encima de todas las cosas y de todos los intereses. Así lo hizo siempre.

Viendo el agradecimiento desmesurado, que rebosa por todos los renglones de la carta del hijo de Dicenta, cualquiera podría deducir que don Miguel Moya es una especie de dios de la longanimidad y del desprendimiento, y que Dicenta (hijo) es un pigmeillo, que sólo ha conseguido vivir de los favores enormes y reiterados de aquella tan pródiga y augusta divinidad.

Yo me tomo la libertad de asegurar, sin embargo, que don Miguel Moya, si retribuyó sin tacañería la colaboración de Dicenta o si otorgó a este y a su hijo alguna concesión graciosa de cualquier índole y cuantía, hizo algo menos de lo que debió hacer; puesto que pagó incompletamente, aún pagándolos mejor que otros empresarios periodísticos, unos servicios que le valieron más de lo que le habían costado. Fué Dicenta (padre) quien dió prestigio y pesetas a «El Liberal», no a la inversa. Y en perfecta lógica, es la Empresa de «El Liberal» quien debe gratitud no pequeña ni superficial a Dicenta. Discurrir de otro modo, es cultivar el sofisma o la idolatría.

La carta del hijo de Dicenta está precedida de dos, firmadas por una hija y por un hijo de Vicenti, difunto ya cual Dicenta. La de la hija da comienzo así:

“Señor don Miguel Moya:

“Mi distinguido amigo: Profundamente indignada, tengo conocimiento de la infame e injusta campaña que sigue contra usted un núcleo de periodistas, de los cuales, la mayor parte, si algo son, a usted se lo deben.”

Creuyendo a la señorita Eulalia, nombre de la suscrita, dueña de bondad suficiente para permitirme disentir de su opinión, quiero publicar la mía. Yo he alcanzado el conven-

cimiento de que don Miguel Moya, lo mismo que los restantes propietarios de periódicos que no saben o no quieren escribir, debe cuanto es a esos periodistas. Ellos han llenado las columnas de «El Liberal» durante muchos años; ellos le han obsequiado a él demasiadas veces con el título de «maestro de periodistas»; ellos le han lisonjeado gratuitamente por otros medios, bastante más de lo merecido. El, en cambio, les ha remunerado sus escritos; pero siempre con cantidades mucho más bajas que los valores plebéticos e innegables de tales escritos. Luego, ¿quién debe a quién?

A la carta del hijo de Dicenta sigue otra de Gómez Carrillo. Redactada en términos más equilibrados, aunque le larga de pasada

un «ilustre» al señor Luca de Tena, y suscrita por quien todo se lo debe a su personal esfuerzo, la paso por alto. Es la grata memoria del Dicenta fenecido la que apetezco dejar reivindicada.

De contera, vaya este recio pensamiento de J. M. Bofill:

“La fidelidad de un perro a su dueño le acerca al hombre; la de un súbdito a su rey le acerca al perro.”

Andan todavía por el Mundo no pocos reyes sin corona, y abundantes súbditos con la fachada de personas libres.

Quedamos, pues, en que los seres agradecidos no son en pureza y en profundidad independientes y buenos, y en qué los seres que demandan gratitudes tampoco lo son.

Panamericanismo

LOLA COLLANTE

Bajo este rubro publica “El Mercurio” de Chile de fecha 28 de Abril, un editorial, tendiente a ensalzar la conducta del Presidente del Uruguay, doctor Brum, por su amplio gesto de solidaridad panamericana exteriorizado en una brillante conferencia que dictó en la Universidad de Montevideo recientemente.

El ideal del Presidente Brum sobre panamericanismo se basa en la unión estrecha y cordial de las repúblicas centro y suramericanas y en el olvido generoso de los resentimientos de estas para con los Estados Unidos, surgidos por la conducta de esta nación con algunos pueblos de habla latina. Bello ideal para ilustrar la portada de un libro de hermosas utopías o para decorar el friso de un edificio en que se dicten conferencias llenas de habilidosa diplomacia. Asegura el doctor Brum y lo pregona con convicción “El Mercurio” que la actuación de los Estados Unidos en la reciente guerra mundial ha inspirado al pueblo norteamericano ideas de concordia universal y un sentimiento de respeto hacia las naciones débiles e independientes. Para bien de la humanidad, deseáramos cerrar los oídos a todos los clamores y con el espíritu en alto escuchar las hermosas parábolas del doctor Brum tomándolas como profecías de cercana realización; pero hay otras voces más fuertes que nos vienen de más cerca y hay por sobre todas las voces, una sola voz única que habla muy alto

como habla en cada individuo la callada y pertinaz voz de la conciencia. Ella nos dice: Qué actos ha realizado el pueblo, la nación norteamericana entera que nos indiquen su deseo y buena voluntad de iniciar una era de respetos mutuos y de concordia general? Nos han tendido las manos francas y abiertas y nos han dicho: “Seamos hermanos? Han sumido las naciones fuertes en su liga pacifista el principio de defensa armada, dando así el ejemplo a las naciones débiles de este continente? Han renunciado los Estados Unidos a la intervención en los asuntos europeos haciéndonos presumir que igual actitud será asumida con las naciones del Sur? Le han dado a Puerto Rico la autonomía que pidió? Han ratificado el tratado con Colombia? Haití, Puerto Rico, Cuba, Nicaragua y Panamá han comenzado a sentir que se afloja un tanto siquiera la presión de la política norteamericana? Si el espíritu y la conciencia nacionales de Centro y Sur América responden que sí, las palabras del Presidente Brum merecen el caluroso aplauso que le prodiga “El Mercurio” de Santiago, si no, tenemos el derecho de pedir a los gobernantes de todas las naciones de nuestro continente más que utópicas fantasías sobre panamericanismo, la brava y rotunda actitud de la sinceridad. Los pueblos de la América del Sur, pueblos jóvenes y pujantes, pueblos algunos casi salvajes que sienten circular por sus venas sangre bullente, necesitan y piden

hoy verdad, verdades amargas o rudas y promesas basadas en la verdad también. Invitarnos a cooperar al panamericanismo en la forma de conferencias en Universidades y de promesas hinchadas como globos de aire, es como tratar de vestir a un niño demasiado grande y tallado con los vestidos de Carnaval que usara en años anteriores. Por otra parte, el mismo Uresidente Brum en su conferencia se manifiesta casi incrédulo de la

actitud que ensalza en los Estados Unidos, porque al recomendarnos cordialidad y cultura dice: "Las buenas maneras de los débiles contienen los violentos impulsos de los fuertes." Lo que en romance quiere decir: Muchachos! derechos a la escuela sin tirar piedras ni gritar, porque el Tío Sam nos puede cortar las orejas....

Lo malo, lo injusto es que aun no hemos tirado siquiera la primera piedra!...

Carta abierta.—El proyecto Barcos en la Argentina

La Plata, Abril 15 de 1920.

Señor Profesor don Julio R. Barcos.

El Salvador.

Cordial amigo:

No le bastó el escenario de nuestro país para predicar el evangelio educacional desde la cátedra y la prensa hasta la feria franca.

Su espíritu batallador cruzó mares y montes, llegó a la gran América del Norte, sondeó sus entrañas y por fin asentó el vuelo en las Repúblicas Centrales. Su cerebro, siempre joven y fuerte sigue siendo luz, calor, acción, rumbo y ejemplo.

"El Proyecto de Ley Orgánica de la Instrucción Pública," que ha tenido la gentileza de enviarme, viene a refrescar mi cansado espíritu en aquellas «temeridades» de que fuimos acusados los renovadores argentinos, ideas hoy, como se ha visto, muy naturales, oportunas, prácticas, previsoras, democráticas y sobre todo, tan constructoras de felicidad, de esa felicidad de que los pueblos americanos tienen urgencia y locas ansias.

El Proyecto es toda una síntesis de su prédica por el continente. Si el gobierno hace de él carne de acción, el pueblo salvadoreño se colocará en los primeros puestos americanos, desde que está demostrado ser la escuela pública, laica, mixta, gratuita, etc., y el maestro, las herramientas que cambian el alma analfabeta, todo instinto y todo bestia, en el ser superior, todo sentimiento, ideal, inteligencia, carácter, etc., unidades moleculares de la nación que sumándose, transforman a los pueblos, de rebaños, en colmenares de seres sanos, útiles, buenos y felices.

Su carta al Presidente de la República, don Jorge Meléndez, rebosa en verdad, "to-

do el calor de su alma, todas las luces de su espíritu" y también toda la valentía de su corazón cuando sostiene que las escuelas públicas no tienen herejes, como los templos religiosos, para cierto mundo, la cosa más grande e infinita de la creación. De ninguna manera.

La escuela pública es la concepción más genial de la evolución social. Y con verdad, es allí donde el ser, hombre o niño, desarrolla racionalmente las fuerzas intelectuales de la perceptividad de todos los sentidos, la memoria, asociación, imaginación, razonamiento, juicio, abstracción, etc.; de los sentimientos, la voluntad, el carácter, etc., etc., fuerzas que convertidas en acción mueven nuestra insignificante osamenta de la materia al idealismo, de la nada a la vulgaridad, al heroísmo y al martirio, todo ello, por medio del maestro, artífice.

¿Se concibe el poder que gravita sobre tales manos?

Y lo tiene, desde que en su aula están los hijos del presidente de la nación, del ministro, del juez, del comerciante, del zapatero, del peón municipal—todos hijos del amor, encarnaciones vivientes, de los sueños apasionados de la juventud, o del verano de la vida.

Los hijos! El todo del hogar—puesto en manos del maestro para que pula y transforme esas hermosas realidades carnales, esperanzas también de la patria y de la humanidad.

Cuando un gobierno honrado dedica atención preferente a la escuela es como si la dedicara al hogar y a los hijos. Entonces ese gobierno inspira confianza a su pueblo, el que a la vez entrega de buena fe sus hijos a la escuela, la que poco o mucho, pula y da luz a las almas, alejando las sombras malditas de la ignorancia y establece con el poder

de la inteligencia la transformación de los pueblos.

Un gobierno que aspira a difundir la educación para cambiar la vida semi-salvaje de cierta población llenándola de luz y de higiene, revolucionando los espíritus, especialmente del profesorado, embetados en el palabrerío y memorismo presuntuoso y vano, empujándolos hacia la acción y la libertad—empezando por organizar la escuela sobre la base de la dignidad moral e independencia económica—del sufragio, etc., hay que contar en que ese gobierno le levantará una estatua de gratitud y admiración en el corazón de sus conciudadanos.

II

Con el alma desnuda de prejuicios, paso a comentar someramente las ideas que más me mueven la lengua, acariciando la esperanza de que si ese proyecto no se realiza, sea la semilla fecunda que avive el alma del magisterio y del pueblo moviéndolo hacia una vida más libre y feliz.

En la América toda y aun en la mayor parte de Europa latina, el maestro de escuela fué siempre el paria, el objeto de escarnios y de lástimas.

La maestra el bocado carnal, tentador, fácil, sabroso, y barato.

La justicia encontró donde descansar en un profundo letargo haciendo que estos míseros seres se convencieran de que ellos no la merecen, no obstante que los criminales más desalmados no son juzgados sin defensa.

La miseria encontró también almas buenas que le permitieran vivir y adueñarse de sus hogares hasta el extremo de que este dicho se ha hecho realidad indestructible:

“La miseria no es solo patrimonio de los vagos sino también de los maestros de escuela.”

Y cosa rara! Han podido coexistir con tan inmerecidas aberraciones las flores del martirio, el ideal, el mérito, y la abnegación tantas veces comparada con el alma castrada del pobre buey, firme en el zurco hasta abrir la tierra con el hocico desmayado y babeante. se me crispa el alma de coraje cuando pienso, cómo la canalla entronizada en el gobierno, con almas de lobos, fué vulnerando valores hasta arrojar lejos a los educadores de carácter para usar a voluntad los domesticados por la ambición, el vicio o el hambre.

Cuando usted aconseja que el gobierno escolar sea elegido por los padres y los maestros, y esto sea puesto en práctica, permanecerá solo este estado de cosas, si el pueblo es una entidad miserable y habrá pal-

pado sus beneficios, si la conciencia y la voluntad así lo quieren y ejecutan.

Y cuando los maestros sobre la base del escalafón propuesto vean deslizarse las horas de la vida en el yunque, guardados los achacosos días del invierno con el agua y el pan de la tranquilidad y, la consideración pública, entonces veremos que los positivos valores que hoy huyen de la escuela como de una cosa despreciable, volverán a ella y le entregarán toda el alma y toda la acción.

El sistema electivo propuesto tiene la virtud de que el maestro aprenda práctica e inmediatamente el valor de un gobierno que sale de sus votos, de sus manos, de su conciencia, entrenada en el gobierno propio, en donde tanto valor tiene el saber querer, elegir y obrar.

De esta suerte, se sabrá llevar también a los niños la enseñanza de la instrucción cívica hablando de hechos y no de la simple y fría transcripción de artículos reglamentarios.

Y esas generaciones formadas al calor de esas prácticas, arrebataadoras tantas veces, harán de la conciencia ciudadana, no el miserable rebaño que vemos hoy día, sino masas de seres respetables y temibles en el voto secreto.

3) es asimismo muy previsora la disposición que “solo serán subvencionadas las escuelas que proporcionan enseñanza laica.” Y lo es por una razón de conciencia. Nuestros pueblos americanos recibirán por un centenar de años grandes oleadas de inmigración de todas las razas.

Es bien sabido que todos los pueblos de la tierra no tienen igual religión y que ésta preside la organización del hogar o influyen poderosamente en las costumbres de familia.

Las escuelas religiosas mantendrían sus credos haciéndose el Estado responsable de ellos desde que los autoriza, ampara y sostiene.

El gobierno ha de ser en esta materia, eminentemente laico, o neutral y hasta prescindente, (sin combatir a ninguna).

Podemos decir respecto de la conciencia social lo que el maestro debe pensar respecto de la conciencia de cada uno de sus discípulos.

A mi manera de ver las cosas, el educador debe estar inspirado en el más profundo respeto por los valores de la evolución. Pretender que el alma de los alumnos se haga a semejanza de la agena (la del maestro) es detener o atrasar los efectos de la evolución y hacer bastardo el fin de la escuela.

Y ha de sentir el más profundo respeto

por la conciencia de sus alumnos desde que en cada niño está cuajada toda una ecuación de valores paternos y de medio tal vez muy opuesto a los del maestro, tal vez muy superiores también, y con los cuales no podrán coincidir jamás; de donde todo esfuerzo en contrario será desarrollar fuerzas negativas sin resultado benéfico para nadie.

Con un reactivo repugnante al espíritu se provoca una contrariedad—repetiría, establecerla, es crear una naturaleza negativa y restar todos los valores positivos que en los mismos momentos se pudieron cultivar y fortalecer. De este modo el gobierno no invade el terreno de las conciencias enseñando a respetar la de cada cual y sobre todo, no contribuye a desintegrar los hogares sembrando ideas, tendencias, credos, costumbres, etc., diferentes de las propias, cuestión por demás muy digna de respeto.

A nuestros pueblos les interesa que ocupen su suelo hombres sanos, útiles y buenos, para que de la amalgama de estos infinitos y positivos valores salga el tipo, según cada medio, bello en cuerpo y en espíritu, grande en las obras y en los hechos.

A la idea de abandonar el enciclopedismo, o por lo menos a disminuirlo, sumo toda mi convicción y entusiasmo.

Hoy día todo el mundo quiere ser «doctor», alcanzar el título para adornar el escritorio, y clavar en la puerta de calle, la chapa correspondiente, no importa llevemos adherida a la columna vertebral una cabeza vacía y dentro una conciencia tan negra (como médico o abogado) que vaya dejando el tendal de víctimas y el clamoreo de sus dolores. El cientificismo ha contribuido, también, profundamente, a ahondar la separación de las clases trabajadoras de la de los zánganos; y que es muy triste cosa ver a una parte de la humanidad echar los hígados en el trabajo, comer el pan negro de cada día, vivir como las ratas, en cuevas hediondas, y ver morir los hijos estrangulados por la miseria, mientras la colmena de zánganos goza la dulce miel, manosea nuestras hijas, violenta nuestras esposas y arrebatando nuestro salario encareciendo criminalmente los artículos de matar el hambre. Y así resulta el trabajo una vergüenza y una esclavitud y la vagancia linajuda, el amo, con toda la corte de leyes bien colocadas para retardar ese despertar que ya se ha iniciado en Europa después de quemada la estopa de los instintos en la hoguera siniestra de la guerra. Sobre estos escombros hay que entonar en los bancos de la escuela el himno al trabajo y al trabajador.

La obra de su verdadera dignificación se

hará cuando el maestro diga a sus alumnos: Niño, si tu padre es obrero es un hombre respetable.

Entonces las herramientas que encallecen las manos, serán bendecidas por el pueblo. El maestro tendrá en las masas obreras un defensor colosal y el obrero mirará al maestro de su hijo más cerca de su corazón.

Entonces por dondequiera se sentirá el canto del yunque repercutiendo en los corazones sanos como el salmo de la felicidad.

Menos cientificismo, pues, y a educar las manos en el trabajo, que los campos hoy silenciosos y desiertos, pero fecundos, esperan nuestras caricias para llenar de riquezas y felicidad las horas gastadas en cultivarlos.

Cuando las escuelas se hayan convertido en templos que oficien oraciones al trabajo, entonces las interminables luchas entre el capital y el obrero, habrán desaparecido para tomar cada cual la parte que le corresponda en la división y empleo de sus valores.

El culto de la ciencia y del cientificismo convirtió la escuela primaria en una universidad en pequeño en contra de la naturaleza infantil, que solo ve y ama el color, el sonido, el movimiento, etc.

Pesados libros apagaron las alegrías infantiles convirtiendo las escuelas en claustros con olor a cementerio.

Y esas caras llenas de auroras, de sol, de mañanas, se volvieron pálidas y verdosas caras de trasnochadores—y esos espíritus puros, alegres, contagiosos de felicidad, en seres nerviosos, gritones, llorones, apáticos, tristes, enfermos, vencidos.

Vuelva la alegría pues, a reinar como una terapia urgente y única para la escuela.

Y pensemos que la alegría es el motor más poderoso para mover a los niños y a los hombres y que esas caras sepulcrales de ciertos maestros serán muy magestuosas, pero están llenas de muerte.

Ellos necesitan que la bondad y la dulzura se unan al movimiento y a la indiosinercia infantil, que todo lo quiere ver, tocar y hacer.

Este debe ser el tema—Hacer y más hacer, reemplazando el que tenemos de decir y más decir—por otra parte, siempre nuevo cansado de ser viejo, como la tierra en que vivimos—«res non verba».

El mundo se construye a base de cosas y no de dichos. Hay pues, que construir primero las herramientas para «hacer» (las manos), luego venga, en buena hora la lengua a bendecir con los gestos más viriles y bellos la redención de esas generaciones que hoy se derrumban en el palabrerío vano y hueco,

con sus masas musculares de algodón, sus nervios de plomo y la vida ahogada en el aburrimiento y el vicio.

En este orden de ideas seguiría comentando tantas cosas buenas como hay en su proyecto de ley. De modo que antes de cortar con este comentario quiero referirme a un punto que lo recuerdo muy de ligero—cual es la organización de la pedagogía, maestros y escuelas para niños débiles y anormales a los que como usted sabe, me he dedicado muchos años.

Cuando se piensa que en cárceles, asilos, manicomios, hospitales, etc., se invierten gruesas sumas para atender a desgraciados enfermos y que toda la comisión de dolores y delitos pudo evitarse con solo unas cuantas buenas “escuelas de reeducación” para estos infelices—se echa de ver que faltó una mano vigorosa y previsoras que salvara a la sociedad de estos espectáculos y de estos males.

Esto nos recuerda, también, que no basta la escuela, el maestro y todo lo necesario. No hay que olvidar que la ley de las leyes es aquella que dice: “la enseñanza se dará en conformidad con el desenvolvimiento físico y psíquico de los escolares.”

Es menester, pues, efectuar este examen clínico pedagógico de los niños, para de ahí, deducir cuál es el estado psico-físico de ellos.

Y claro está, al efectuarse su estudio se clasificarán los alumnos según edad, sexo, etc., de genios hasta anormales, y la enseñanza se dará en forma adecuada a cada naturaleza.

Con la esperanza de que estas volantes líneas tonifiquen y retemplan su espíritu batallador para proseguir sin miedo en la línea recta y luminosa, le agrego un fraterno abrazo como homenaje de simpatía y admiración por el honor de que ha sido objeto en esa floreciente república.

Su afectísimo

ISMAEL GUERRERO CARPENA





Trabajos notables

Problemas de educación vocacional y técnica en Rusia

A. LUNACHARSKY

Comisario del pueblo en Instrucción Pública

(De "The New York Call")

En esta breve exposición de lo que está hecho y en vías de hacerse en Rusia, en ramo tan importante de la vida pública como la instrucción, se podrá juzgar de la obra colosal realizada en tan corto tiempo por el calumniado bolshevismo ruso.—N. de R.

ADEMÁS de ser profesores, mantenedores de este o de aquel ideal de educación, somos antes que nada revolucionarios, habiendo sido puestos por los labriegos y obreros al frente de la Rusia emancipada.

La voluntad de las masas obreras es clara. El pueblo ha tomado el poder en sus propias manos. Las fuentes de la riqueza han sido arrancadas de las garras del voraz capitalista, con el fin de edificar, tan rápidamente y tan sólidamente como sea posible, una nueva economía nacional, uniforme, reglamentada y basada en principios científicos. Esta deberá ser desarrollada desde el punto de vista técnico, hasta formar la base para una vasta política internacional del proletariado y para que sirva también como de plataforma para el goce supremo de la vida en interés de la humanidad.

Sobre todo, nosotros somos todos edificadores del socialismo. La creación de este orden socialista es un problema económico. La política no hace más que abrirle camino a esta construcción; unifica la voluntad popular en el interior y la protege de los ataques del exterior; pero la verdadera alma de la revolución radica en la transformación económica.

La más gigantesca transformación económica que el mundo ha visto jamás sólo puede llevarla a cabo un pueblo bien informado y competente.

Habiendo heredado nuestros recursos más necesarios de un equipo capitalista algo débil, nosotros debemos ahora, a despecho del actual desorden y de las dificultades que obstruyen nuestra labor, volver nuestras ener-

gías todas hacia la protección de este legado para que escape a su destrucción final y para que acreciente su productibilidad, agrupando en un conjunto armónico todas las ramas de esta economía que hasta ahora ha estado desorganizada.

¿Quién ha de emprender esta tarea? Existe una enorme demanda de cerebros capaces e iluminados, de mentes equipadas con los más selectos conocimientos económicos y técnicos que la humanidad posee. Estas mentes deben ser puestas todas a trabajar en este gran problema.

Rusia no puede ahora responder a esta demanda. El número de nuestros ingenieros es totalmente deficiente y, además, no todos ellos merecen confianza. El número de gentes que tienen una regular educación es muy pequeño. Hay también gran carencia de obreros especializados. El nivel general de conocimientos técnicos en Rusia es bajo. En esta dirección, como en muchas otras, estamos deplorablemente detrás del resto de Europa, debido al miserable régimen que hemos soportado por tanto tiempo. No obstante esto, hemos triunfado en el sentido de que nos hallamos a la cabeza de toda Europa en el camino que conduce al socialismo y también en el sentido de que estamos ya, real y efectivamente, afrontando el problema de la construcción socialista.

¿Qué conclusión debe deducirse de este estado de cosas? Simplemente la de que debemos estudiar y concentrar todas nuestras energías en el estudio. Nosotros sabemos que una concepción general del mundo le da al hombre no sólo confianza en sí mismo, sino la paz del espíritu. Nosotros sabemos que sin una amplia cultura general, un hombre no

puede descubrirse a sí mismo, no puede existir como ciudadano, como revolucionario, como socialista, sin ideas definidas sobre el mundo, sobre la historia de la humanidad, sobre el lugar que ocupa en el tiempo y el espacio, y sobre las obligaciones que éste su lugar en el mundo le impone. Y es innecesario agregar que nosotros nunca descuidaremos esta educación general.

Nosotros no podemos permitirnos pasar por alto ninguna ciencia en Rusia, pues todas las ciencias están, después de todo, enlazadas, y constituyen no solamente un goce intelectual superior, sino también la sólida base sobre la cual un hombre establece su dominio sobre los elementos.

Pero ni un solo momento debe ser perdida en la tarea de cumplir la obligación que es a todas luces la más urgente.

¿Es posible que para un socialista el estudio de las artes que enseñan a matar sistemáticamente a los demás hombres pueda tener el menor sentido? Y sin embargo, obligados a defendernos a nosotros mismos contra el mundo viejo, hemos tenido que conceder a la instrucción militar uno de los primeros puestos. Este hecho es evidentemente la maldición de nuestra época. Llenos de respetuosa admiración por la espada revolucionaria, que brillantemente desempeñó su cometido en la hora oportuna al cortar las partes enfermas que amenazaban la salud del cuerpo de la humanidad obrera, al mismo tiempo abrigamos la más ardiente esperanza de que llegue el momento de reemplazar las espadas por las azadas.

Pero el caso es muy diferente con la educación económica y técnica. Las circunstancias demandan que usemos en la hora presente todos los medios que puedan dedicarse a la causa de la educación, a fin de suministrarle al país el mayor número posible de técnicos competentes en todos los ramos.

Ahora bien, la atención extraordinaria y el amor al trabajo y a las tareas constructivas no son un fenómeno transitorio, ellas permanecen siendo eternamente el principal deber de la humanidad.

El Comisario de Instrucción Pública ha logrado unir todas las instituciones educativas de Rusia bajo su dirección con el designio de que la intensificación de la instrucción pueda llevarse a cabo en todas partes a base de los mismos principios. Ciertos técnicos y economistas han expresado el temor de que nosotros los maestros descuidáramos el estudio de las materias vocacionales y especiales; en otros términos, que nosotros sacrificaríamos el lado vocacional por el lado general y humano de la instrucción.

En el Congreso de los representantes de

las Altas Escuelas técnicas, el Comisariato de Instrucción Pública pudo demostrar cuán poco fundamento tenían tales temores.

El Comisariato declaró que el partido Comunista, que ahora está en el poder, apreciaba claramente la posición predominante que los problemas económicos ocupan en la vida, agregando que no tenía la menor intención de destruir las escuelas técnicas, ni de reemplazarlas por instituciones del tipo humanitario, sino que, al contrario, el plan era el transformar todas las escuelas primarias y secundarias en escuelas técnicas, aumentando así prácticamente el número de dichas escuelas. Pero el problema de la educación técnica de todos los niños y jóvenes de Rusia, esto es, el ejercitarles para el trabajo, lo hemos tratado en los mismos términos de su instrucción política.

Según las declaraciones de la Comisión oficial acerca de la Escuela puramente técnica, la Instrucción científica en general, de igual modo que la Instrucción preparatoria para el trabajo, que está íntimamente ligada con ella, no puede ser exclusiva y especializada.

Especializar en tal forma sería alterar todos los principios del socialismo que preservan la individualidad y aspiran a crear un tipo de hombre altamente desarrollado. Sería condenar a los niños, en interés del Estado, a llevar sobre sus juveniles frentes la cruz de la especialización, sin tener en cuenta las naturales tendencias que inevitablemente se mostrarían más tarde. El efecto se haría sentir siempre y llegaría a ser un estigma para sus vidas. Cuando la clase burguesa trataba a la masa de los obreros y labriegos como a ganado, podía marcar a sus hijos determinando de antemano si iban a ser zapateros, herreros o barberos, de acuerdo con sus necesidades. Pero a nosotros nos corresponde dar al niño aquella suerte de educación que le abra todas las puertas más tarde.

Esto no significa que nosotros seamos hostiles a los especialistas.

Al contrario, nosotros también estamos guiados por el alto ideal de un pueblo dividido de acuerdo con sus especiales vocaciones. Nosotros creemos en un estado construido como un organismo en que cada célula funciona independientemente, enteramente aparte de las otras células en el mismo cuerpo. Pero rechazamos enérgicamente la idea de una nación «dilettante» donde cada uno sabe un poco de todo, no sabiendo nada completamente y siendo incapaz de hacer nada en forma competente.

La especialización debe comenzar cuando el niño ha llegado a la edad de 17 años, lo cual en nuestra opinión es bastante pronto. Des-

pués de un período prolongado de Instrucción general y politécnica, su especialización en una rama particular no habrá de aislarle de los otros especialistas y corporaciones, y nada humano le será ya desconocido.

Al paso que estamos posponiendo la educación técnica hasta la edad de 17 años, estamos planeando ensanchar la instrucción grandemente en esta dirección. Hay una necesidad urgente de un programa bien elaborado para dicha instrucción, de un programa que debe estar íntimamente ligado a algunas de las antiguas Escuelas secundarias y superiores que se dedican al trabajo vocacional y técnico.

No hay tiempo que perder. Debemos poner nuestras esperanzas en un curso relativamente corto, desarrollado dentro de líneas militares, para levantar el nivel general de los conocimientos técnicos y de la competencia del pueblo. Por esto es por lo que debemos proveernos de una reserva cada vez mayor de cursos académicos, además de utilizar muchas de las Altas Escuelas y de transformar muchas de las escuelas Secundarias en escuelas de Especialidades.

De ahí que no podemos reconocer que las escuelas y los cursos estrictamente especializados que han sido organizados por departamentos aislados, resulten eficaces. En primer lugar, el deseo de educación técnica y de desarrollo de las tendencias naturales es muy fuerte aun entre los obreros moderadamente conscientes. Y nuestro equipo extra-académico debe aprovecharse de este hecho desde el punto de vista práctico, a fin de conectar la Instrucción científica y política con la técnica y de este modo poner nuestro programa en contacto con las masas mismas.

En segundo lugar, las escuelas estrictamente especializadas para jóvenes y viejos, que son incontestablemente importantes, ganarán mucho al ser organizadas más amplia y científicamente, y gradualmente darán lugar a un tipo de escuelas que estará construido sobre una base más sólida de instrucción extra-académica.

Pero volvamos a los niños de menos de 17 años. Ya hemos dicho que nos proponemos establecer para ellos un tipo especial de escuelas en que la instrucción politécnica habrá de ser el objetivo principal del plan general. Nosotros no necesitamos descender a los detalles concernientes a la naturaleza de la instrucción politécnica, pues todo lo importante en este ramo ha sido ya expuesto en nuestra "Declaración acerca de las escuelas de trabajo aplicado."

Nosotros permitimos cierta desviación de esta línea durante los últimos años, en que las tendencias de los niños empiezan a mani-

festarse, y ya pueden escoger carreras a su gusto.

Pero ni por un instante dejamos de tener en cuenta que la tarea de transformar todas las escuelas primarias y secundarias de Rusia en escuelas de trabajo aplicado, es difícil y tremenda, y que sería imposible llevar a cabo un plan tan complicado en un futuro inmediato, a causa del empobrecimiento actual de Rusia, ya que sería necesario un nuevo tipo en todas las escuelas que las pusiera en concierto con los talleres y fábricas, en una palabra, que las transformara en granjas escuelas.

Nosotros trabajaremos sin tregua por este cambio, alentando todas aquellas escuelas que realizan este ideal o que se acercan a él. Pero no podremos jamás decir que la Escuela Politécnica existe hoy, porque este ideal esté claramente entendido por todos. Ni tampoco podemos decir que estamos ya preparando al pueblo sobre una base politécnica a fin de que se especialice más tarde.

En consideración de este hecho, que no debe desalentarnos, pero que no debemos olvidar por un momento, debemos tratar las escuelas vocacionales y técnicas del pasado sólo como cosas gastadas que deben ser reemplazadas por escuelas de «labor aplicada». Y esto es especialmente verdad de todas las escuelas conocidas como Escuelas primarias de oficios.

La atmósfera infernal que ellas crean para los niños pobres debe abolirse de una vez para siempre. Con nosotros no hay ni siquiera que mencionarlo. Pero surgen otras cuestiones que están enlazadas con éstas. En muchos distritos los labriegos y obreros desean enviar sus niños a Escuelas profesionales y técnicas donde puedan estudiar un oficio, o una rama de la industria útil en un determinado distrito. Es evidente que donde hay tales escuelas nosotros estamos obligados a sostenerlas, y que es nuestro deber construirlas donde no existan.

Al mismo tiempo, debemos asegurarnos de que los métodos usados en estas escuelas se adaptan tanto como sea posible al plan de la escuela de «trabajo aplicado» y ver que los estudiantes de especialidades que entran en ellas sean tratados desde el punto de vista de una educación general y puestos en contacto con el más amplio campo posible de cultura general. Ignorar este período de transición imaginándonos que esta clase de escuela puede ser creada de un golpe, como salió Minerva de la cabeza de Júpiter, daría lugar a llenar de prejuicios al pueblo, cuyas demandas deben ser escuchadas siempre con gran respeto, cuando son sensatas.

Por esto es que debemos mostrarnos gusto-

sos de que la enseñanza de oficios se haga obligatoria en estas escuelas donde las condiciones existentes demandan una consideración especial.

Nosotros los maristas no figuramos entre los que sueñan con escribir bellas ideas en la página en blanco de la vida. Arrostrando la realidad en el proceso real de la vida, nosotros aportamos a ella gradualmente el ideal que surge de ella misma.

Entre las escuelas técnicas, especialmente en las escuelas intermedias, existen varias que están excelentemente equipadas. Debe reconceirse, sin embargo, que debido a una falsa concepción de la escuela de labor aplicada, alguna de las escuelas que nos son tan valiosas han sido clausuradas bajo el pretexto de reemplazarlas por escuelas de oficios.

Esto es un grave error. Debemos hacer constar claramente que cada escuela con un equipo técnico es de valor para nosotros. Esto es precisamente lo que se necesita para realizar el plan de las escuelas de «labor aplicada». Tales escuelas deben colocarse en la categoría de Altas Escuelas, esto es, escuelas abiertas en forma de escuelas especiales para los jóvenes de más de 17 años, lo que será el comienzo de las escuelas de «labor aplicada».

Uno tiene que estar ciego para no ver que transformar una escuela clásica, o escuela primaria corriente, en una escuela de «labor aplicada» es infinitamente más difícil que el iniciar el tipo más especializado de escuela técnica que ya posee un equipo y un personal preparado para la instrucción pública.

Las escuelas politécnicas surgirán como desarrollo de estas escuelas técnicas mucho antes de que la transformación radical de las viejas escuelas haya tenido lugar.

Estas escuelas deben, pues, conservarse cuidadosamente. Pero debemos guardarnos bien de una especialización demasiado estricta y debe introducirse una instrucción general, poniendo atención en la explicación científica del proceso del trabajo, según se expone en la declaración sobre «Escuelas de labor aplicada».

La rama del Comisariato de Instrucción Pública dedicada a la reforma de instrucción profesional y técnica será investida de más amplios poderes y auxiliada con especialistas.

Las escuelas profesionales y técnicas de todo género se colocarán bajo la dirección del Ramo de Instrucción profesional y técnica. Esto incluye las escuelas Secundarias y las Altas escuelas de Agricultura, que son de la mayor importancia para nosotros, así como también las escuelas primarias para adultos y para jóvenes de más de catorce años.

Esta sección debe atender a la marcha de todas estas escuelas y también debe vigilar para que no caigan en la rutina en el curso de su labor de especialización, sino que se desarrollen y ensanchen en su contacto con la realidad, a medida que se van aproximando al ideal de la Escuela de «labor aplicada». Al mismo tiempo, los técnicos y profesores en las Altas escuelas, al igual que los ingenieros prácticos, deben tomar una participación activa en la labor de llevar a cabo este plan:

a) Reforma gradual de la Instrucción profesional en las escuelas especiales para niños entre catorce y diez y siete años, con el fin de transformarlas en escuelas de labor aplicada;

b) Establecimiento de una reserva de escuelas de labores especiales para aquellos alumnos de más de diez y siete años, de igual modo que una completa reorganización de la Instrucción técnica extra académica, con el fin de combinarla con la Instrucción general y política;

c) El estudio, aquilatación y clasificación de talentos en las Escuelas técnicas y Altas lo que ha sido prácticamente abandonado, en Petrogrado por ejemplo.

d) Instrucción auxiliada por la práctica (tanto como sea posible bajo un sistema politécnico) en todas las instituciones educacionales de Rusia.

También damos atención muy especial a toda suerte de escuelas de Agricultura.

Además de la declaración concerniente a estas nuevas escuelas, el Comisariato de Instrucción Pública ha emprendido la labor de usarlas para esparcir entre la clase labriega una nueva idea de los derechos y deberes del ciudadano, así como también conocimientos agrícolas, y una instrucción general, comenzando por leer y escribir. Al mismo tiempo su atención debe fijarse en toda clase de cursos agrícolas que transmiten conocimientos más o menos completos, y también de instituciones agrícolas para jóvenes y adultos. Debe tenerse cuidado de no separar nunca en la Instrucción agrícola de la Cívica y de la científica en general. Y no hay que decir que el Comisario de Educación será impotente para cumplir estas tareas si no se le ayuda, aun cuando contara con la cooperación de muchos especialistas de primera clase.

Es, sobre todo, en la clase trabajadora que el Comisariato de Educación confía para llevar a cabo su labor. La más íntima relación debe establecerse inmediatamente entre la rama de Instrucción técnica y profesional del Comisariato y los gremios obreros.

De este modo, todo lo que se relaciona con

la escuela industrial de la ciudad, debe ser puesto en íntimo contacto de una manera permanente con el Consejo de Economía nacional, igualmente que todo lo que se relaciona con las escuelas comunales y agrícolas deberá ser puesto en íntimo contacto con el Comisariato de Agricultura.

Al crear la rama de Instrucción profesional y técnica, el Comisariato de Instrucción Pública tiende a unir esta institución intima-

mente con las sociedades profesionales, con el Consejo de Economía nacional y con el Comisariato de Agricultura, y también, para ciertas cuestiones especiales, con los Comisariatos que están especialmente relacionados con las materias bajo el control de ciertas instituciones. De este modo, una lucha incesante es mantenida en pro del mantenimiento y desarrollo de la Instrucción profesional en Rusia.

Las intrigas aliadas en Rusia

(De "The Socialist Review")

En este número "The Socialist Review" se halla en condiciones de presentar a sus lectores una de las más apabullantes pruebas de una parte de las intrigas anti-sovietistas de que echaron mano los gobiernos aliados durante estos últimos dos años. El documento que sigue, que hasta ahora no ha visto la luz en los Estados Unidos, si se exceptúa la breve referencia que de él hizo el Ministro Chicherin en un inalámbrico reciente, es una carta de un tal René Marchand dirigida a Reymond Poincaré, el entonces Presidente de la República francesa.

Mr. René Marchand estaba en Moscow en el verano de 1918 como Corresponsal especial del "Figaro" y de "Le Matin" de París, y actuaba como agregado especial de la Legación francesa. El Presidente Poincaré le había suplicado, como su amigo personal que era, el informarle privadamente acerca de la marcha de los acontecimientos en Rusia.

Esta carta fué escrita a fines de agosto de 1918, de acuerdo con las instrucciones del Presidente, pero es imposible decir si llegó nunca a manos del Mr. Poincaré, por haber sido secuestrada por los bolsheviks cuando tomaron posesión de los documentos de la Legación francesa al descubrir la conspiración de los aliados. Mr. Marchand, con varios otros franceses que se negaron a tomar parte en la conspiración, se halla todavía en Moscow y en libertad.

El joven estudiante que trajo esta carta de Moscow escribe: "Yo rompí la carta en seis pedazos y los escondí en varios de mis libros. Temo que cuando los Blancos nos comunicaron en Archangel (aparentemente bajo restricciones de cuarentena hasta que salió el vapor), sus fumigadores lograron en-

contrar varios pedazos de la tan infecciosa carta. Afortunadamente los pedazos que faltan son todos de la primera parte y la médula de su contenido estaba en los pedazos que escaparon ilesos."

La carta tal como ha llegado a nuestras manos comienza en el medio de una protesta contra la desviación de las tropas francesas del ataque a sus enemigos alemanes a las tentativas hechas para derribar al Gobierno Soviet, el cual era todavía nominalmente un aliado. Mr. Marchand declara que hasta el mismo jefe de la Iglesia Rusa, el Patriarca Tychon, se había opuesto abiertamente a toda intervención aliada "que de cualquier modo contribuyese a aumentar los sufrimientos de su pueblo (mediante el hambre), o que amenazase la unidad de la nación rusa."

El "Crimen asombroso"

Mr. Marchand pasa luego directamente a la parte más sensacional de su carta, que es una acusación directa de que los agentes aliados estaban planeando (en 1918) el soborno de los empleados del ferrocarril y la destrucción total de los puentes ferroviarios con el fin de bloquear por hambre a la ciudad de Petrogrado. Aquí, pues, encontramos una declaración autorizada del informante y amigo particular del Presidente Poincaré al efecto de que los aliados ya en fecha tan distante como en 1918 estaban conspirando sin cesar dentro del territorio de una nación considerada aún como aliada para derribar su gobierno por medio de la fuerza y la violencia... comentario irónico de las acusaciones que la prensa de hoy formula contra E. C. A. K. Martens, re-

presentante en los Estados Unidos de la Rusia Soviet.

Marchand procede luego a desmentir la supuesta alianza criminal entre Alemania imperial y la Rusia Soviet, declarando improbable que el Gobierno Soviet pueda "en cualquier tiempo" llamar al Gobierno alemán en su ayuda y que "si Alemania deja a los bolsheviks en el Poder no es por su voluntad," toda vez que el Estado Mayor alemán "no puede contar con ciertas unidades militares, que... se han dejado empapar de la propaganda bolshevik." De cuán exacto resultó este vaticinio, se puede juzgar por las revelaciones (del año pasado) de los reclutamientos alemanes para el ejército ruso Blanco mandado por Von der Goitz, y en este mismo momento, por la proclama del Canciller Kapp y el General Von Luetwitz de que la contra-revolución alemana era necesaria "para impedir el avance del bolshévismo" en Alemania. (*New York Sun*, Marzo 15 de 1920).

Concluye Marchand declarando que la política aliada en Rusia fué en sí misma responsable del arraigo del Gobierno Soviet: "Los bolsheviks en todos aquellos puntos en que han sido arrojados del Poder han sido más tarde reinstalados mediante una insurrección popular."

De labios de su propio representante la política de los gobiernos aliados se nos revela de este modo como "derrochando en guerras civiles (en Rusia) todo el cúmulo de energías que en otras condiciones hubieran podido volverse eficazmente contra una Alemania debilitada cada vez más" en aquellos críticos días, antes de la caída final del Gobierno Imperial de Alemania en Noviembre de 1918.

LA REDACCION

La carta de Marchand a Poincaré

"... Esta muy deplorable desviación de nuestra actividad (que del ataque a nuestros enemigos los alemanes ha pasado a hacer esfuerzos para derribar al Gobierno Soviet del cual somos nominalmente aliados) que nos ha llevado, paso a paso, en una forma casi insensata, a abandonar la senda de la defensa nacional para pasar a una estéril y a todas luces funesta intromisión en la política interior de Rusia, se manifiesta todavía más claramente a principios del mes de Julio, después de los lamentables acontecimientos de Yaroslav, donde la lucha de los Guardias Blancos de Savinkov contra el Gobierno So-

viet culminó por fin en la muerte de varios miles de rusos, la destrucción de numerosas iglesias y de gran número de tesoros artísticos, el saqueo de una antigua ciudad, el desaliento de aquellos a quienes pretendíamos apoyar, el odio creciente de los bolsheviks y la cada día mayor arrogancia de la burguesía.

Yo conozco la muy penosa impresión que estos tristes acontecimientos han producido al venerable Jefe de la Iglesia Ortodoxa, el Patriarca Tychon. A este respecto, debo insistir en el hecho de que durante todas las conferencias que he tenido el honor de obtener de él, este distinguido y venerable caballero, cada vez que he abordado la cuestión de su apoyo moral en caso de una posible intervención por parte de los aliados, me ha repetido invariablemente, evitando toda respuesta directa, que la condición primaria para cualquier apoyo moral de la Iglesia habría de ser una solemne promesa por parte de la Entente de no emprender nada que pudiera amenazar la unidad de la nación rusa, de actuar enérgicamente contra el enemigo alemán, y tomar medidas para impedir el aumento de los sufrimientos del pueblo ruso, especialmente por virtud del hambre, que ha sido ya producida en la Rusia Central por los actos de los alemanes en Ucrania. Compromisos de esta clase han sido ofrecidos más de una vez a los representantes de los más diversos partidos políticos de Rusia. Yo recuerdo, con respecto a este punto, la precisión con que nuestro Cónsul General me ha explicado en varias ocasiones las causas del aplazamiento de nuestra intervención, una demora debida al temor de que nuestras operaciones militares no marchasen de concierto con las medidas económicas y a este fin considerables reservas de provisiones y de artículos manufacturados habían sido preparados con destino a Rusia.

Así, pues, usted comprenderá, señor Presidente, que bajo estas circunstancias una desviación tan completa y rápida de nuestros fines sólo podía asombrarme profundamente. Sin embargo, siempre abrigué la esperanza de que al fin volveríamos a nuestro punto de vista primitivo. Acontecimientos recientes me han convencido, por desgracia de lo vano de estas esperanzas.

El sabotaje aliado en Rusia

He tenido ocasión hace poco de participar en una conferencia oficial que puso al descubierto ante mis ojos, de la manera más inesperada, una labor enorme, secreta, y a mi juicio extremadamente peligrosa, contraria en todo caso a todo cuanto yo había conside-

rado como mi obligación hasta el presente. Me refiero a una conferencia a puerta cerrada que tuvo lugar en el Consulado General de los Estados Unidos. Mr. Poope, y nuestro Cónsul General estaban presentes. También lo estaban varios agentes aliados cuyos nombres he olvidado, a uno de los cuales nunca había tenido ocasión de ver hasta entonces. Entiéndase bien—y sobre este punto llamo su atención especialmente—que ni el Cónsul americano, ni el Cónsul General francés hicieron en su propio nombre la menor alusión a planes secretos de destrucción, pero accidentalmente me di perfecta cuenta de que existía este designio por las manifestaciones de los agentes presentes.

Así fué como me enteré de que un agente inglés estaba preparando la destrucción del puente ferroviario que pasa sobre el Río Vólkhov cerca de Zvanka. Basta mirar el mapa para quedar convencido de que la destrucción de este puente equivaldría a poner a Petrogrado completamente en las garras del hambre. En este caso la ciudad quedaría prácticamente privada de toda comunicación con el Este, de donde vienen los cereales, que ya van siendo insuficientes para sus necesidades. Además el mismo autor del proyecto demostró la gravedad de las consecuencias posibles de este acto, al paso que se mostraba dudoso de las posibilidades de ponerlo en ejecución.

Matar de hambre a un pueblo

En relación con esto, uno de los agentes franceses agregó que él había hecho ya los arreglos preliminares para la destrucción del puente Cherepovetz, que hubiera tenido consecuencias tan fatales para el aprovisionamiento de Petrogrado como la voladura del puente Zvanka. Cherepovetz está situada en la línea que enlaza Petrogrado con las regiones orientales, se trataba, pues, de la destrucción de los ferrocarriles en distintos sitios. Un agente hizo notar que él se había asegurado previamente de la ayuda de los empleados, lo cual constituía un factor valioso, pero que, por otra parte, esto impedía el uso de ciertos métodos de destrucción, ya que los empleados sobornados sólo consentían en destruir los trenes de municiones.

No deseo seguir adelante, creyendo que he dicho bastante para explicar, con hechos indiscutibles, los temores que he formulado anteriormente. Estoy profundamente convencido de que la cuestión no depende de las actividades aisladas de estos varios agentes. Y, además, aun las actividades privadas de este carácter podrían sólo traer un resultado fatal, el precipitar a Rusia en interminables y aun más sangrientas luchas políticas y

dar lugar a extraordinarios sufrimientos y a los horrores del hambre. Creo necesario agregar que estas privaciones habían de caer invariablemente, y casi exclusivamente, sobre los pobres y la clase media, o sea, sobre la parte de la población que sufre, más cruelmente y más inocentemente, los efectos de la crisis actual: la pequeña burguesía, los dependientes, los trabajadores; al paso que la burguesía grande, los ricos, encontrarán siempre medio de partir hacia Ucrania o a países extranjeros (ya se ha comenzado este éxodo y continúa en gran escala), y, por otra parte, los elementos populares que están al servicio del Gobierno Soviet están en cierto modo asegurados contra las privaciones excesivas, lo cual conspira poco a poco en detrimento de otras partes de la población.

Yo no deseo subrayar más el hecho de que durante toda la conversación no oí una sola palabra acerca de la lucha contra Alemania.

Evidentemente, no quiero derivar de este hecho argumentos para probar que estos atentados tienen por única finalidad el ataque a la misma Rusia, a su laboriosa e indefensa población, pero esto, desgraciadamente, es sin embargo, una realidad. Yo entiendo perfectamente que estos actos podrían, yo no digo que justificarse, pero sí explicarse, si estuvieran basados en el hecho comprobado de que el Gobierno Soviet está laborando de concierto con Alemania. Además, yo sé que tal es la opinión que se hace circular en el exterior en este momento, y que ciertos agentes de la Entente tratan de adquirir (llamo la atención a ello entre paréntesis: para crear una atmósfera moral inquietante y peligrosa) algunas "pruebas materiales" de esta «alianza».

La Alianza Soviet Prusiana

Me ha acontecido personalmente varias veces, gracias a un concurso de circunstancias y a indicaciones del exterior, el abrigar sospechas de que ciertos líderes bolsheviques, estaban en inteligencia con Alemania: la fecha de la llegada de Lenin a Rusia en el período de la insurrección de Julio en Petrogrado, que terminó con una crisis, y, finalmente, al iniciarse los «pourparlers» de Brest, cuando el proceso de la disolución del ejército estaba en su período álgido. Los gobiernos aliados y sus representantes autorizados creyeron posible determinar su situación y adoptar decisiones dejándose llevar de impresiones que no han sido luego confirmadas por ningún dato positivo, si se prescinde de las furiosas polémicas de los periódicos. Desde esta época la situación internacional se ha modificado mucho en varios respectos y es ahora imposible el abrigar en serio la idea

de que el Gobierno Soviet hubiera decidido unir su suerte a la de los imperios centrales, cuando la victoria, o siquiera la integridad de estos imperios lejos de significar ventajas para él, sería, por el contrario, la señal de la estrangulación de la revolución rusa y consiguientemente el colapso del Gobierno. Por eso es por lo que, cualquiera que pueda ser el desenlace de los acontecimientos militares, creo improbable que el Gobierno Soviet pudiera resolverse en cualquier momento a invocar la ayuda de los alemanes. Esto sería una combinación demasiado arriesgada, que también lo comprometería a los ojos del socialismo internacional, y lo que más que nada, tiene que evitar, a los ojos de las masas del pueblo ruso que le prestan apoyo, pues los alemanes han logrado definitivamente provocar en el pueblo, en general tan poco dado a odios, un sentimiento de la más profunda y más seria hostilidad.

Uno de los principales argumentos que se esgrimen continuamente en apoyo de la tesis de una alianza secreta entre el Gobierno Soviet y Alemania, es el hecho de la completa inactividad de la última en el frente oriental en un momento en que es de una gran importancia para el Gobierno Soviet sentir sus manos libres de los asuntos militares y eliminado todo peligro con respecto a Alemania. Este argumento no puede ser tomado en cuenta. El más superficial observador, por inexperto que sea, puede ver ahora que si Alemania deja a los bolsheviks en el poder, no lo hace voluntariamente, ya que tiene razones para temer la provocación de molestosas complicaciones interiores de esta fuente, sino por necesidad, puesto que es físicamente imposible para ella el proceder de otro modo. Bajo la influencia de nuestras grandes victorias en el Oeste, que han tenido en todas partes la mayor repercusión, el sentimiento antialemán de las masas del pueblo ruso crece constantemente.

El bolshevismo en el ejército prusiano

Para combatir este fenómeno Alemania se encuentra obligada o bien a extender su ocupación a nuevas regiones, o bien a aumentar sus fuerzas en las regiones ya ocupadas. Ella no está en condiciones de intentar esto en vista de los acontecimientos que están ocurriendo en el Oeste. Ella es tanto menos capaz de esto, cuanto que no puede contar con ciertas unidades militares que, poco a poco se han dejado empapar de la propaganda bolshevista. He aquí por qué, lejos de hallarse en condiciones de aumentar su actividad en Rusia, se verá forzada—de ello estoy convencido—a evacuar una parte considera-

ble de las regiones ocupadas. Sin duda ella podrá por varios meses todavía mantener falsas apariencias, celebrar «pourparlers» y llevar a cabo negociaciones. Pero cualquier observador alerta puede ver que sus días en la Ucrania—la más importante de las regiones que ahora ocupa—están contados. Y en relación con esto, cualquier observador puede notar que al presente son los bolsheviks los que están llevando a los ucranianos una ayuda activa, siempre creciente, en forma de levantamientos populares, levantamientos de obreros y labriegos; y que estos bolsheviks están enviando a los insurrectos tanto dinero como municiones. Este hecho que yo he tenido ocasión de comprobar en varias fuentes anti-bolshevistas, me parece incompatible con un bolshevismo que fuese el gobierno artificial de una ciudad distante (Petrogrado, Moscow), creado incidentalmente por medio de una insurrección y destinado a desaparecer por otra insurrección. Tenemos aquí un gobierno que está sostenido, es cierto, sólo por una parte de la población contra otra parte; pero esta primera parte no se sostiene a sí misma en algún punto central fijo y aislado, sino que se extiende a través de todo el país. Es éste, además, un gobierno que hasta la fecha ha resistido todos los ataques, que han venido solamente de la Derecha y no de la Izquierda—lo que puede ocurrir cualquier día—y es exactamente por esta razón que ha venido a ser a los ojos de los elementos que ha logrado unificar, el sinónimo y el símbolo de la revolución. Por mi parte, estos dos hechos explican esta circunstancia: que a despecho de todos los odios que han suscitado entre aquellos a quienes persiguen, los bolsheviks, en cada lugar donde han sido arrojados del poder, han vuelto a ocuparlo por virtud de una insurrección popular.

La política aliada ha robustecido a los bolsheviks

Este es el hecho que explica por qué todo lo que se ha intentado para derrocar al bolshevismo por medio de un levantamiento en cualquier lugar o centro se ha reflejado en todo el país—y este fenómeno se ha venido repitiendo hasta la fecha invariablemente—en el sentido de un aumento de la anarquía existente, de un desastre general y de confusión extrema; lo que ha ayudado al crecimiento artificial—y sin beneficio absolutamente para nadie—de los sufrimientos del infortunado pueblo ruso, y al desperdicio, en una guerra civil desorganizada y sin orientación, de todo el contingente de energías que

en otras circunstancias hubieran podido volverse de una manera eficaz contra una Alemania debilitada más cada día. De otro lado, y por reacción contra estas calamidades, el Gobierno Soviet se ha consolidado temporalmente por la razón expresa de la presión ejercida contra él, ya que se ve forzado, por la misma corriente de los sucesos, a aumentar de momento en momento sus energías para hacer frente a los numerosos peligros y al mismo tiempo a la anarquía que ha venido, gradualmente e imperceptiblemente, rodeándole. En otras palabras, nosotros lo estamos elevando al rango de un Gobierno revolucionario, incontestablemente revolucionario, en el más fuerte sentido político de esta palabra.

Perdone, señor Presidente, que haya abusado tan extensamente de su valiosa atención, embargada por numerosas e importantes labores. Privado de toda posibilidad de relaciones directas con nuestro Embajador, y recordando también el alto favor que usted tuvo la bondad de conferirme, he decidido, después de largas y repetidas vacilaciones, dirigirme a usted, considerando ser mi deber, en presencia de las acontecimientos que tienen lugar ante mis ojos, el someter a su consideración los hechos y las circunstancias que llevo expuestas por el bien de nuestra amada Francia.

Sírvase, señor Presidente, aceptar la expresión de mi profundo respeto y de mi absoluta devoción.—René Marehand.”

Las dos internacionales

LEWIS S. CANNETT

Se habla tanto hoy día de “Internacionales” y es tan dado a confusiones el asunto ésto, que las noticias contenidas en el presente artículo son de un valor inapreciable.—N. ne E.

La lucha entre los partidarios de la Segunda y la Tercera Internacional en el seno de los partidos socialistas de la Europa occidental, es en esencia una lucha entre la política de reforma y la política de revolución. Está complicada, además, por la simpatía universal que la revolución rusa se ha conquistado entre los obreros de la Europa occidental y que ha sido en parte transmitida a la Nueva Internacional que ha surgido bajo su égida.

La Segunda Internacional, que se fundó hace unos cuarenta años, comprendía casi todos los varios matices de socialismo existentes a la fecha en que estalló la guerra. No existía verdadera oposición a ella. Cuando las varias secciones nacionales, con la excepción de la italiana, de la rusa y luego de la americana, se pusieron al lado de sus respectivos gobiernos nacionales con el mismo fervor, falto de toda crítica, que manifestaron los partidos burgueses, algunos de los individuos que permanecieron internacionalistas pusieron su esperanza en que el Bureau de la antigua Internacional que temporalmente radicaba en Holanda levantaría la antorcha caída. Esperaron en vano. Las dos Conferencias socialistas internacionales que se celebraron en Zimmerwald y Kienthal, Suiza, en septiembre de 1915, y en abril de 1916,

se celebraron más bien a pesar de los directores de la Vieja Internacional, que a iniciativa de ellos. La Conferencia de Estokolmo que se trató de preparar en 1917 resultó un aborto.

En todos los países continentales surgió durante la guerra un partido de oposición dentro de las filas del socialismo. Estos partidos de oposición fueron al principio simplemente internacionalistas o pacifistas, pero en el transcurso del tiempo se convirtieron en decididos revolucionarios. Los 40 o 50 hombres y mujeres que tomaron parte en las Conferencias de Zimmerwald y Kienthal fueron el germen de la Tercera Internacional. Entre ellos estaba Nicolai Lenin de Rusia, Medigliani y Lazzari de Italia, Ledebour y Adolph Hoffman de Alemania, Fernando Loriot de Francia, Robert Grim de Suiza y Enrique Roland Horst de Holanda. Los partidos de Suiza y de Italia enviaron representación oficial a esas conferencias.

La Conferencia de Berna

En febrero de 1919, la por tanto tiempo aplazada Conferencia de la Segunda Internacional, se llevó a cabo por fin en Berna. Los partidos suizo e italiano se abstuvieron de asistir. Se adoptaron en estas conferencias resoluciones aprobando la Liga de Naciones y abogando por la aplicación de prin-

principios liberales en el arreglo de cuestiones territoriales pendientes ante las Conferencias de la Paz. Se discutió largamente la cuestión de las responsabilidades por la guerra. Y se adoptó una resolución en que se reiteraban los principios de la democracia en términos designados expresamente para desacreditar a la República rusa de los Soviets, resolución que fué aprobada por una abrumadora mayoría, pero que no llegó a votarse por haberlo impedido la diplomacia del Presidente, Camilo Huysmans de Bélgica. Sólo los noruegos, griegos, austriacos, y la mayoría de la Delegación francesa, disintieron.

Súbidamente una Delegación de la Segunda internacional vagó por los pasillos de las Conferencias de la Paz en París, presentando les ocasionalmente resoluciones platónicas a oficiales más o menos importante. La implícita condenación del bolshevismo en Berna, su actitud sicofanta durante las Conferencias de la Paz, y su negativa a dar ningún paso tendiente a romper el bloqueo de la Rusia Soviet, desacreditaron a la Segunda Internacional ante los ojos de los obreros de Europa.

La Internacional de Moscow

En Marzo de 1919 un grupo de disidentes se reunió en Moscow e inauguró la Tercera Internacional. Esta dió comienzo sin ninguna verdadera organización. Los «representantes» de los países occidentales que comparecieron a sus sesiones eran casi todos individuos revolucionarios que se habían escapado hasta Moscow. Pero tenían fe y la fe es infeciosa.

Los socialistas italianos fueron los primeros, entre todos los partidos socialistas occidentales, en adherirse expresamente a la Tercera Internacional. El Comité Ejecutivo de los socialistas suizos votó en favor de adherirse a ella, pero su referendum del partido rechazó por escaso margen la resolución propuesta. Los miembros del partido Suizo no votaron, sin embargo, su retorno a la Segunda Internacional, y así el socialismo suizo permaneció aislado durante meses. Los varios partidos balcánicos siguieron el ejemplo del italiano, Lo mismo hizo el noruego. Los partidos comunistas que funcionaban independientemente en Alemania, Suecia, Holanda y los Estados Unidos se adhieron, naturalmente. El partido Socialista inglés, la Federación Socialista Obrera, el Consejo de Independientes de Comercio, el partido Socialista irlandés, el Partido Laborista Independiente de Escocia, todos se adhieron... pero estas son pequeñas organizaciones, al paso que la masa del partido Obrero inglés permaneció alejada.

La revuelta contra Berna •

Los Independientes en Alemania y los socialistas franceses eran los partidos llaves. La fuerte oposición de los Independientes alemanes a los socialistas de la Derecha, de la Escuela Ebert-Noske-Bauer, les llevó primero a declarar que ellos no permanecerían en la Segunda Internacional si a los de la Derecha se les permitía quedarse, y finalmente, en Diciembre se retiraron, convocando en seguida para una conferencia con otros partidos socialistas-revolucionarios con el fin de preparar su fusión con la Tercera Internacional. Los franceses les siguieron en Febrero.

Ninguno de estos partidos se ha unido todavía oficialmente a la Tercera Internacional. Sus líderes han pensado que todavía era demasiado sectaria y temieron que tratara de imponerles su programa a todos. Muchos de ellos, especialmente Jean Longuet, el líder francés, temían una división del mundo socialista que les debilitase para la acción. Por virtud de lo cual, convocaron para una conferencia de los partidos revolucionarios del Oeste que se habrá de celebrar en Suiza este verano. La resolución de los comunistas alemanes decía así:

“El Congreso decide abandonar la Segunda Internacional, paso que excluye toda participación en la proyectada Conferencia de Ginebra. El partido Socialista Independiente está de acuerdo con la Tercera Internacional en su deseo de implantar el socialismo mediante la dictadura del proletariado sobre la base del sistema de consejos. Una Internacional de la clase obrera capaz de actuar debe ser creada mediante la unión de nuestro partido con la Tercera Internacional y con los partidos revolucionarios sociales de los otros países. Por tanto, el Congreso instruye a su Comité Central que entre inmediatamente en negociaciones con todos estos partidos sobre la base del programa de acción votado por el partido a fin de hacer posible esta unión para que surja de ella una Internacional pura de la clase obrera que en la lucha de esta clase para redimirse de las cadenas del capitalismo internacional pueda resultar un factor decisivo en la revolución mundial. Si los partidos de los otros países no estuvieran de acuerdo con la resolución de incorporarse a la Internacional de Moscow juntamente con nosotros, el partido Independiente de Alemania se verá obligado a incorporarse solo.

El suizo y el francés han sido hasta ahora los únicos partidos que han respondido a este llamamiento. La mayoría francesa, apre-

miada por los partidarios entusiastas de la inmediata adhesión a la Tercera Internacional, logró que se aprobase la siguiente resolución, por el voto de las dos terceras partes de los representantes del partido, en su Congreso celebrado en Febrero de este año.

“El Congreso, resuelto a entrar en acción inmediatamente, instruye al Ejecutivo del partido que, al paso que se conserve el contacto con las secciones nacionales de los partidos occidentales, entre sin demora en negociaciones con los organismos autorizados de la Tercera Internacional, a fin de preparar, de acuerdo con los socialistas Independientes de Alemania y con los partidos de Suiza y de Italia, una Conferencia que funda completamente todos los partidos resueltos a mantener su actuación sobre las bases de las fórmulas tradicionales de socialismo en la forma que han sido formuladas por la Tercera Internacional.”

A esto se apresuraron a responder los italianos que ellos no participarían. Ellos estaban ya incorporados a la Tercera Internacional. El ala izquierda de los socialistas franceses ha venido declarando que la vacilación de los líderes se debe a que ellos no desean verdaderamente unirse a la organización de Moscow y que en el fondo no se resuelven a abandonar la coalición de ministerialistas que predomina en la Segunda Internacional... con hombres como Branfing, que ahora es Premier de Suecia; Valdervelde, Ministro belga de Justicia; Henderson, Stanning y Albert Thomas, Ministros que fueron en los gabinetes de Inglaterra, Dinamarca y Francia. Mucha verdad hay en esta opinión pero la tendencia actual de la opinión obrera en el continente de Europa no es dudosa, no ofrece duda y la adhesión de los franceses e Independientes alemanes a Moscow parece inevitable.

No hay una Cuarta Internacional

Es un error el referirse al Congreso o Conferencia en proyecto como a una Cuarta Internacional. Si los hombres que han de iniciarla y celebrarla no pudieran encontrar una base para su fusión con la Tercera Internacional, sus huestes se incorporarían a ésta sin ellos.

¿Y qué hay de los otros partidos de Europa? Los ministerialistas—suecos, daneses, belgas, zcheco-slovakos, austriacos, y mayoritarios alemanes, no serán permitidos en la Tercera Internacional mientras sigan colaborando en ministerios burgueses, y éstos, juntamente con el partido Laborista inglés, seguirán siendo el núcleo de la Segunda Internacional. Pero los belgas y los socialistas del Kaiser alemán han de ser muy poco deseables compañeros de cuarto, y Suecia tiene ya un fuerte partido Comunista que se opone a los ministerialistas.

El purismo sectario de los comunistas occidentales puede resultar un obstáculo transitorio a la unión de las fuerzas proletarias. Parece que mientras más pequeño es el partido, más insiste en purificarse de toda mancha de moderantismo. El partido Comunista holandés (que acaudilla Wynkocopp) se opondrá a la admisión de los socialistas holandeses (que acaudilla Troeistra) a la Tercera Internacional. El llamado Comité Occidental de la Tercera Internacional que se reunió recientemente en Amsterdam, protestó hasta contra la admisión de los franceses. Los austriacos, obligados a la moderación por su dependencia de los auxilios económicos de la Entente, se hallan dispuestos a seguir el ejemplo franco-alemán, pero no es seguro que se les permita hacerlo. Sin embargo, estas dificultades serán probablemente obviadas.

La definitiva afiliación, basada en las decisiones más recientes que he podido estudiar y teniendo en cuenta en uno o dos casos la influencia inevitable de los Independientes alemanes y los franceses, ha de ser como sigue: por la Segunda Internacional, el partido Laborista inglés, el partido Laborista belga, los demócratas-sociales alemanes (que son ahora el grupo más pequeño de los socialistas alemanes), los suecos, los daneses, zchechoslovakos, una minoría de los búlgaros, los georgianos, finlandeses, etc. Por la Tercera Internacional, los rusos, ucranianos, polacos, estonianos, lituanos, rumanos, la mayoría de los búlgaros, los jugoslavos, griegos, noruegos, la minoría de los suecos, los italianos, suizos, franceses, Independientes alemanes, los austriacos, holandeses, españoles, una minoría de los ingleses y otra minoría de los americanos.